Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIII — San José, Costa Rica — 1931 — Sábado 14 de Noviembre — Núm. 18

Año XIII. No. 562

SUMARIO

Fernando González o el hombre de alma desnuda

= De *Relator*. Cali Colombia =



Fernando González

Medí con la mirada su cuerpo enjuto y sanguíneo y no me resultó muy alto; escruté en los ojos azules, ventanillas iluminadas que denuncian una rica estancia interior, el secreto de su vida, y encontré una penetrante luminosidad que se movía en la órbita limitada por unos párpados ágiles; su boca ancha, guarda una risa franca y unos dientes blanquísimos y parejos que se mueven como si estuviesen triturando ideas, cuando su dueño habla; su voz, de paisa raizal, un poco cavernosa, se modula al compás del pensamiento, resuelta y firme, como que las palabras que pronuncia se han hecho para guardar ideas, cortantes como alfanjes manejados por moriscos, móviles, personalísimas siempre, con un poquillo de arbitrarias; las orejas grandes; la frente amplia, surcada por arrugas, notorias cuando habla, especialmente; el pelo castaño, un poco cano; la nariz recta; la cara perfilada, huesuda, sonrosada; las manos ágiles; el cuerpo móvil.

Este hombre que tiene treinta y siete años, cuatro más que Jesucristo, ha dicho él, nació en Envigado, cerca de Medellín, y por si el lector lo ha olvidado, puedo recordarle, que además de juez de circuito ha sido historiador a su manera, novelista original, poeta rarísimo, literato notable, todo, a pesar de sus cortos años. El vestido que lleva en estos días sobre su cuerpo, es uno negro, que en Manizales mandó a hacer para él solo, nuevo, personal, porque los de su hermano rico, con los cuales se vestía hasta hace poco, cuenta él, le costaban menos, pero le robaban la personalidad.

II—El escenario

En la Antioquia empinada y montañosa, minera y comercial, que tiene una presunta o cierta ascendencia judía, en la tierra de los ecónomos y financistas criollos, tipo Esteban Jaramillo o Jesús M. Marulanda, se ha desenvuelto, con una vitalidad que pasma, dados sus pocos años, el espíritu inquieto, ágil y móvil, profundo y superficial, sarcástico y terrible, alegre y burlón, despreocupado y cínico, de este filósofo colombiano, exaltador de Bolívar, enemigo del "mayor" Santander, cantador de la vida profunda, inventor del "concienciámetro", admirador de Gandhi, de Buda y de Nieztche, literato, original y raro ejemplar humano.

Su *Viaje a Pie*, que luego comentaré brevemente, se realiza al través de la comarca antioqueña, por pueblos, en su mayor parte, antioqueños, con personajes lugareños, en vía hacia el mar Pacífico, por Buenaventura, atravesando el Valle del Cauca, ardiente y bello como la Sulamita.

Así como Antonio José Restrepo, en su *Cancionero Antioqueño,* gigante ensayo de laboriosidad, picardía, desembarazo y memoria, no pudo sustraerse al empeño de llamar con el apelativo de su departamento nativo a todas las coplas y canciones de su libro primoroso, así González no ha podido dejar a un lado el "paisa" que lleva adentro, ocurrente y cínico, y cuando menos se espera, después de haber hablado con mucha seriedad de Gandhi, de Bolívar o Jesús, resulta describiendo a Pancho Pérez, "el hombre del paraguas", o al sobrino del padre Marulanda o a Esteban Jaramillo, el tipo de "las ideas generales". Pa-

La llave

—Envío del autor—

¡He gozado tanto! Tengo débil mi cabeza de tanto gozar! Sólo, por calles y plazas, por prados y montes, en mis habitaciones, sumergido en los elementos físicos . . . A las dos de la tarde venía por la calle entre luz tangible y entornaba los ojos para ver todo ese mar de luz alargarse, percibir a hombres, animales y cerros lejanísimos . . . ¡Yo estoy, Señor, perdido entre los elementos físicos!

Entonces nació en mí un anhelo neto, ululante: Que por este chorro de luz me vaya, suba mi conciencia al mundo mental!

Aun vivo en un plano bajo; mis goces son aun físicos y no intuyo a Dios sino a través de la creación; no me percibo desencarnado; no tengo conciencia de mi eternidad . . .

(Pasa a la página 275)

ra penetrar en la psicología del "mayor" Santander, contaba, en días pasados, en conferencia dictada en el Municipal de esta ciudad, con ese modo suyo de decir las cosas, que en Medellín se había asociado, con muy buenos resultados, con un viejo usurero de la ciudad, panzudo, de leontina atravesada sobre el chaleco, que no daba dinero en préstamo sobre calzones raídos o sin raer sino sobre prendas de viuda rica, por el espacio de dos meses, como socio activo.

Pero por más que quiera permanecer prendido a su tierra y a sus hombres, González salió ya de los linderos departamentales y patrios, pues su nombre ha sido dicho, varias veces, con admiración y respeto, ultra-patria y a ultra-mar, por quienes consagran en literatura, filosofía y arte.

III—El método

Fernando González es el hombre torturado por el método. Lucas Ochoa es un desdoblamiento maravilloso de su personalidad multánime. Para concebir y parir al Libertador, "pataleador", enamorado genial, guerrero y loco, a ese su Libertador, con quien conversa a diario, discute, se obsesiona y trata de poseer, de "concienciarlo", de penetrarlo, de hacerse el propio Libertador, que unas veces escribe proclamas guerreras, otras, cartas a Fanny de Villars, aquí redacta una constitución, allá gana una batalla, desterrado hoy, mañana vencedor, iluminado y grandioso en Pativilca y en su delirio sobre el Chimborazo, profético en su carta de Jamaica, triste e inmortal en su retiro obligado y mortuorio de Santa Marta.

Abandonado el papel de Libertador toma el de Simón Rodriguez, el maestro andariego, trashumante, revolucionario, intranquilo, el de los métodos realistas, conocedor profundo de los enciclopedistas franceses y de la cultura europea, el que defendió la pubertad del Libertador sobre el regazo caliente y sano de una esclava negra; el que instruyó al discípulo amado sobre el libro abierto de la naturaleza, viendo parir a las yeguas, cohabitar a los animales, caminando por doquiera, hasta cansarse, bañándose desnudos en los arroyos cristalinos aledaños a Caracas y a las propiedades de la familia Bolívar, recibiendo el sol, fortaleciendo el espíritu, venciendo el tiempo, educándose para la libertad grandiosa.

Curioso es oir a González el relato de la manera como pone en práctica su método realista. Me obsesionó una vez la idea—cuenta con gracia—de saber por qué un mulato alto movía de cierta manera no natural su mano derecha. Lo seguí, lo seguí muchas veces, interesado por resolver el problema de esa su "embolia"; al fin dí con la clave, concluye: debió suceder que alguno de sus ascendientes, incauto, fue sorprendido detrás de un vallado ejecutando cireto acto muy humano, el acto fue suspendido apresuradamente, y esa le explicación del movimiento desordenado de la mano del mulato que no oscila como las del hombre normal, a la manera de péndulo.

Entre el método de inducción y el de deducción, prefiere el primero. Para ridiculizar al segundo ha inventado su original teoría de los "vicios solitarios", que consisten en todo empleo de energía fuera de realidad, valiéndose para ello de la imaginación solamente. Los vicios solitarios no sólo se realizan dentro del campo de la fisiología sino en el plano espiritual; así, dice, un ley, una constitución, expedida por nuestros congresistas no es otra cosa que un "vicio solitario". Los vicios solitarios—concluye — son la causa de nuestra degeneración y de las revoluciones.

Fernando González es el hombre que se busca a si propio—continuamente—al través de los actos y personajes más diversos; es un obsesionado de la perfección espiritual; es un formador de la propia personalidad por los medios al parecer más extraños y raros; es un hombre que gusta andar sin vestidos, desnudo como lo parió su madre y presentarse en este estado, para escándalo de niñas pudorosas; ingenuo, a veces, como un niño, burlón como un Quevedo, rabiosamente sincero hasta ser cínico, pleno de talento vivaz, agresivo y fiero, idólatra de Bolívar, gran realista, místico con arranques de loco, padre y señor de sus ideas, literato notable, historiador arbitrario. Los estudios psicológicos constituyen—según mi manera de apreciarlo—la base de su inquietanta personalidad. Con ellos, con datos históricos mezclados con talento, ha puesto, después de un siglo de muerto, a vivir al Libertador, humano y sensual, ardiente y conquistador, como lo adoró Manuelita Sáenz.

Para medir las conciencias inventó el concienciámetro y una gradación de ellas que va desde la fisiológica hasta la cósmica, a la cual llegó, a veces, el Libertador y dentro de la cual sólo caben raros ejemplares como Cristo y Gandhi.

IV—La obra

Viaje a Pie.—Sanín Cano, en denso escrito publicado en *El Tiempo,* comentando la obra *Viaje a Pie,* afirma que las mejores obras de la literatura han sido las que describen viajes: La Divina Comedia, el Quijote, los viajes de Marco Polo, etc., y que los antioqueños cuando no pueden hacer uno lo inventan o lo escriben, como en el caso de González.

Verdaderamente rápido, por no decir prodigioso, como si fuera en uno de esos aviones que en los tiempos presentes recorren distancias imposibles, ha sido el viaje, al través de este y otro continente, realizado por esta obra ingeniosa del filósofo de la Montaña.

Levantar la razón humana en espirales luminosas desde el pequeño suceso de la vida diaria, en prosa regocijada y fuerte, con cierto sabor, a veces acre, cambroniano y picaresco; hacer de las cosas que van desfilando ante los ojos contemplativos de los viajeros filósofos, de la grácil Julia, del camino que recorren, del entierro que pasa, del míster y del dinero, del demonio y del páramo del Ruiz, hondos motivos de contemplación y de análisis; poner la cometa multicolor del espíritu a volar al empuje de todos los vientos, asida de la cuerda sutil del espíritu; no perdonar nada, burlarse de todo, arrasar prejuicios, criticar métodos, ridiculizar el *musa, musae* de los sistemas nemotécnicos de los jesuítas, sus maestros, entonar un canto bello a la naturaleza, libre y desnuda, mejor que las creaciones de Fidias o que las sublimes concepciones de Platón, el griego sabio y filósofo, penetrar a las intimidades del amor humano con un criterio realista, sintetizado en fórmulas picantes: he ahí la síntesis, incompleta, de esta obra de Fernando González, dentro de la cual los personajes se mueven, como en todas las suyas, con el espíritu que sabe infundirles su inquieto y atrevido autor.

Mi Simón Bolívar.—Oigamos a González hablando de Bolívar: "Lanzó el dardo de su anhelo más allá de Zarathustra"; "Nadie influyó en él; era un gran centro de conciencia. Llegó a tener no solamente conciencia continental, sino ratos de conciencia cósmica"; "Uno de los elementos de la tragedia bolivariana, Bolívar, en medio de mulatos".

Las citas podrían repetirse hasta copiar el libro, pero las anteriores bastan para demostrar que González tiene de la historia de la libertad americana el concepto emersoniano, el de Carlyle y Nietzche, de que la historia de la humanidad es la de los grandes hombres.

La inteligencia serena, tranquila y penetrante del autor de *Idola Fori,* en páginas que tienen prestancia de perdurabilidad, ha demostrado cómo se equivocan de plano, por una parte, los propugnadores de la teoría histórica de los hombres-síntesis, de los creadores de conciencias, nacionalidades y pueblos, de aquellos que, al decir de Enrique Ferri, en concreción luminosa, desempeñan el papel de enormes receptores de energía humana que luego irradian sobre la humanidad domeñable, y por otra, los que todo lo atribuyen al poder inconmensurable de las muchedumbres, masa, fermento, humus, sustancia, de todo cuanto hay de perdurable sobre el planeta. Ni lo uno, ni lo otro. La teoría exacta, como generalmente sucede para todo, según la clásica afirmación, está en el tér-

mino medio. El genio sin un pueblo con el cual actúe, dominándolo, es una concepción absurda; el pueblo sin un jefe que lo conduzca, es masa perecedera y amorfa.

Comentando el hecho de que el pueblo colombiano, queriendo rendir un homenaje, con motivo del centenario de la proclamación de independencia, el clásico 20 de julio, había elevado un monumento a la gloria de Bolívar, en vez de hacerlo con los varones consulares que iniciaron la guerra libertadora, con palabras patrióticas, valerosas y firmes, protesta contra la injusticia, se rebela contra la "hero-latría", y sin desconer la gloria del padre de la patria, reclama los derechos de los héroes anónimos y de los colaboradores del grande hombre.

El concepto depresivo, lanzado contra el general Santander, a quien González trata de "mayor", de quien dice que tuvo "conciencia de vieja recaudadora", que no pudo elevarse a los planos de la conciencia espiritual, sin pasar de los de la fisiológica y mental, y de quien afirmó, en reciente reportaje, que su personalidad era la de "un maestro de escuela", siendo esto tan cierto—continúa—que "comprendiendo que los sontafereños hacían mal en andar detrás de las criadas, resolvió darles una lección práctica contrayendo matrimonio católico, como lo hizo", que tantos resquemores ha levantado contra su persona y obra, me lo explico, valiéndome de sus propias palabras: "Este hombre—dice de Santander—era el ecónomo, y como ecónomo era irreemplazable. Cada uno es cada uno, él no tenía ideales más altos y si los hubiera tenido no hubiera sido el ecónomo. Judas, por ejemplo, era el ecónomo en el grupo de los apóstoles, y sin Judas no se habría realizado el viaje a Jerusalem, porque él organizó la parte económica. Así, el general Santander se encargó de conseguir los dineros para las campañas del Perú, y para la campaña libertadora de Boyacá. Y esto debe ser así porque si todos fueran como Bolívar o como Jesucristo, no habría quien se preocupara de la parte económica". En efecto, quitándoles a éstas y otras palabras de González, referentes a Santander, el carácter de agresividad que ellas tienen, que hacen de Fernando González el Rafael Sañudo del hombre de las leyes, se encuentra, a mi manera de ver, la explicación del hecho escandaloso. Así, si comparamos un millonario nuestro con uno de los Estados Unidos, nuestro Tequendama con el Niágara, a Páez con Napoleón Bonaparte, nos resultará siempre un coeficiente de inferioridad grandísimo para nuestro millonario, nuestro Tequendama y nuestro Páez. Todo en la vida es relativo, he ahí la única afirmación absoluta, pensó hace mucho tiempo un cerebral ilustre. Santander y Bolívar son dos personalidades distintas, de carácter y costumbres diversas, de actividades complementarias pero de genio y temperamentos diferentes. Santander, con su conciencia fisiológica y mental, según la concepción de González, fue grande a su manera. Bolívar con su conciencia continental y cósmica, se puede comparar, como se ha hecho, con ventaja, con todos los grandes de la tierra. Para gloria de uno y otro no pueden, pues, no deben compararse. Hacerlo es cometer un injusticia y un pecado de ingratitud.

Por lo demás, la obra de González, comentada dentro y fuera del país, y más fuera que dentro, ha sido considerada como de excepción, de pensamiento y de método.

Y en verdad, qué poco se parece con las adocenadas biografías de nuestro Padre Bolívar! Si el Bolívar de González es humano, genial, ardiente, enamorado, poeta, guerrero y loco; si al Bolívar de González se le ven los pómulos salientes, los labios grandes, la frente amplia y pensadora, el carácter dominador, en tanto se oye su voz de clarín, que ordena la victoria o la muerte; si al Bolivar de González se le ve desnudo en el baño, meciéndose en la hamaca, silbando, montado sobre la mula de campaña, ardiente de amor en el lecho de Himeneo. Oigamos a él un momento para formar mejor idea: "Ha llegado el momento —dice—de bajar al Libertador del caballo gomoso de las esculturas encargadas por los caudillos tropicales y de montarlo sobre una mula orejona porque en caballo no se puede atravesar y recorrer los Andes".

Su tesis de grado, excomulgada, según me han dicho, por el arzobispo de Medellín y *Pensamientos de un Viejo*, que son las otras obras publicadas por González, no las conozco, pero deben ser muy buenas. En un catálogo de opiniones críticas sobre una obra de González ha incluído éste, entre las recomendaciones, con mucho talento, la excomunión impartida por su señoría ilustrísima.

La llave...

(Viene de la primera página)

Yo no puedo morir aún; no estoy maduro!! Dejaría todo lo mío; mi propiedad es aun material, y al expirar me quedaría sin nada; agonizando, tendría el pavor de quien lo va a perder todo: La luz, el aire, Berenguela, los hijos, mis padres y mis sentidos y mi inteligencia deductiva e inductiva. Señor, creador de Lucas Ochoa, pásame ya a la vida mental; que sea ya, pronto, el que al morir lo tiene todo y nada pierde . . .

Oí entonces mi voz interior. Decía: Nadie puede forzar las puertas de las vidas altas; nadie entra en ellas por donación o por violencia. El Reino de Dios no sufre violencia. La ley de causalidad, el sacrificio y la contemplación, el estudio y el dón de sí mismo es lo que puede servir de llave.

1º *Amar es llave. Comprender a Dios es amarlo y amándolo se le comprende. Es objeto infinito de amor y conocimiento y de infinita ascención.*

2º *Estudiando se abre el Reino.*

3º *Sacrificándose, se abre el cielo.*

4º *Meditando . . .*

Son cuatro llaves que son una sola; son cuatro aspectos de la misma llave.

Pero que no se peque contra el espíritu, único pecado sin perdón!! Los del Colegio del Rosario, en Bogotá, a quienes llaman leopardos, *prostituyen el espíritu para fines eleccionarios y egoístas y por eso Colombia, mi pobre Colombia, está herida de muerte. ¿Por qué no cierran el Colegio del Rosario?*

Fernando González

Medellín, Colombia, Marzo 8, 1931.

V—El anárquico

El sujto de este comentario no lee ya, lo ha declarado públicamente. Más valen los ojos que los libros—ha dicho en tono sentencioso—que esconde, sin embargo, en mi pensar, otra razón íntima y sustancial, que también escuché de sus labios. Es ella, la de que el hombre tiene para el estudio, ante sí abierto, perennemente, el libro prodigioso de la naturaleza.

Por lo visto, la razón que da es distinta de la que daba Mallarmé cuando declaraba: "Ya los libros todos asiló mi cabeza", e igual a la expresada por Ricardo Nieto en sentidos versos, de los cuales recuerdo aquellos que dicen: "Para qué los libros— para qué Dios mío— si este amargo libro de la vida enseña—que el hombre es un pobre pedazo de leña—que lleva en sus ondas fugaces el río".

¿Será cierta le determinación que comentamos? En parte sí y en parte no, ya que en la personalidad de González se percibe un efluvio de agresiva independencia, que lo hace aparecer, a veces, como un anarquista de las ideas, como el tipo del hombre que pretende aparecer siempre nuevo, original, superior, aun cuando lo tachen de arbitrario.

He oído decir a González que él pretende ser el tipo del hombre ingenuo, sincero y fuerte que realizaron los griegos. Recuerdo, a propósito, que una de las obras en las cuales se pinta, de manera clásicamente eterna, en el arte griego, la sencillez en el amor y en la vida, a pesar de la desnudez del cuerpo, es aquella de los amores de Dafnis y Cloe, égloga, canción de amor inmaculado y eterno, y asocio este recuerdo con el elogio, cálido, que hace González de los métodos realistas empleados por don Simón Rodriguez en le educación de Bolívar, buscadores del aire libre, de la naturaleza, del amor, desnudo, a la hembra, caliente y fecundante, como el regazo de la negra de San Mateo, sobre la cual hizo cabalgar toda una noche, para librarlo de los vicios solitarios, el cuerpo púber de Simón Bolívar.

VI—El místico

No sólo en *El Padre Elías*, obra aún no publicada, aparece, definida, como la de

un místico, sui géneris, la personalidad de González.

Después de la conciencia cósmica, está la divina. El Dios de Lucas Ochoa, la "energía amorfa", según su definición, lo presiente, a veces, por intuición, cuando logra elevarse por sobre los planos de todas las conciencias hasta el Sinaí excelso, en donde entre truenos y relámpagos—se escribe perpetuamente—la nueva ley de los pueblos sobre tablas de espíritu.

Concentrarse, dominar las pasiones, hacerse voluntariamente pobre, buscar, por la meditación los ocultos senderos que nos llevan por un rayo de luz hasta el conocimiento de la estrella lejana, encontrar a Dios, en Buda, Jehová, Cristo o Confucio, lo mismo que en un bello animalito, he ahí, a Fernando González, reaccionando ante la "energía amorfa", como un místico superior.

VII—El conferencista

Peripatético, moviéndose como un simio al son de un pandero gitanil, con unos ojos que miran a veces, fija, alocadamente, como un poseso del demonio de sus ideas, la frente amplia moviéndose como un acordeón a manos de un saltimbanqui, acostándose, arrodillándose, sentándose, para ser gráfico, González se presenta ante el público sin saludarlo y se ausenta sin despedirse de él, sin importarle, al parecer, los aplausos. Hay momentos en que parece que tiene fuga de ideas y en un esfuerzo que se le sale al rostro, rápidamente, después de haber repetido una o varias expresiones, vuelve certeramente sobre el tema con una fuerza y originalidad aplastantes. Gusta ilustrar sus teorías. Con ejemplos tomados de su Antioquia nativa y de pronto nos hace ver el parecido de Gandhi con el doctor Libardo López o exclama refiriéndose a un distinguido profesor de estadística de Medellín, el doctor Rodriguez, a quien contempló en cierta ocasión conversando con unas lindas muchachas, despacio, mesuradamente, paladeando las palabras: "Este hombre no se derrama".

Oyendo a González en sus conferencias se puede comprobar que lo que aparece como original en sus libros es algo suyo, fruto de estudio, personalidad y método. Fernando González habla como escribe y escribe como habla.

Síntesis

Fernando González es un filósofo y panfletario antioqueño, literato notable e historiador arbitrario pero humanizante, que ha dicho cosas bellas, profundas y picantes, con estilo de paisa.

Todo esto, aun cuando González, si por casualidad llegase a leer lo que he escrito de él, me dijese, como a uno de tantos de los que reaccionamos dentro de la conciencia fisiológica, una cosa por el estilo de esta: "Calle y no escriba más, porque usted es un viejito carajo".

Oscar Pino Espinal

Bogotá, agosto de 1931.

La Argentina sin libertad

—*Envío del autor*—

Desde la tribuna de los centros estudiantiles, en las conferencias pan-americanas y en las columnas de la prensa, el grupo de muchachos y hombres que formamos la Federación Latino-Americana, hemos sostenido nuestra sólida convicción iberoamericana y nuestro repudio a la política económica que desarrollan los Estados Unidos del Norte, para ruina de nuestra América. Uno a uno, nos ha sido fácil denunciar ante la opinión pública de un sector del pueblo norteamericano, los atropellos que realiza el dólar salvaguardiado por una bandera que antaño fuera símbolo de libertad y que ahora lo es del imperialismo más brutal y materialista que haya conocido el mundo. Durante los recientes sucesos producidos en Haití y en Nicaragua, nuestra respetuosa, pero firme protesta, llegó a manos del Señor Presidente de la Unión, y otras más le habrán llegado para advertirle que los móviles que guían a su gobierno para sostener al tirano de Cuba, son del conocimiento de todos los que se preocupan por la suerte de nuestras nacionalidades. Y sin embargo, fuerza es decirlo, nunca el gobierno norteamericano tuvo la ocurrencia de hacernos encarcelar o deportar, ni aun siquiera nos fueron cerradas las puertas de las Universidades.

Recordamos que en un debate celebrado en el salón de actos de la Casa Internacional, en Nueva York, con alumnos y profesores de la Universidad de Columbia, uno de estos últimos, que actuaba de presidente en el debate, perdiendo momentaneamente el control de sus nervios al sentir que los teníamos férreamente aprisionados en las mallas tejidas con sus propias teorías de falso humanitarismo e inmovilizados con el peso de un montón de cifras y datos sabia y prolijamente acumulados por sus diversas oficinas de estadítica e investigación de negocios extranjeros, nos lanzó a la cara, como sincero insulto, la siguiente formidable acusación: "Es que nuestra mala política siempre encuentra admirables auxiliares entre ustedes, ahora mismo el Presidente Moncada de Nicaragua, pide al Gobierno norteamericano que no sean retirados de su país nuestros marinos." Entonces nuestro presidente, el joven abogado don Julio Figueroa, contestó que los gobiernos dictatoriales no representan legítimamente la voluntad de nuestros pueblos y, por lo mismo, careciendo de este apoyo moral para gobernar, tienen que buscar otros, uno de fuerza que es el ejército cuando olvida su verdadero papel, y otro de influencia económica que invariablemente encuentran en los Estados Unidos. Así se explica que todas las asociaciones patrióticas de nuestra América hagan un postulado de la guerra a las dictaduras, porque ellas siempre anulan la voluntad popular con el empleo del ejército convertido en instrumento de opresión, y porque venden integralmente al extrajenro,—generalmente a los Estados Unidos,—las riquezas nacionales. Ejemplos: El petróleo y la plata mexicanos, el azúcar cubano, el plátano centroamericano, los metales del Perú y el aceite de Venezuela y Bolivia, amén de otros productos menores y de los monopolios fácilmente concedidos para la explotación de industrias y servicios públicos.

Nosotros, admitiendo que nuestros países necesitan la ayuda del capital extranjero para desarrollarse, nos oponemos enérgicamente a las inversiones que mal legisladas y peor reglamentadas por nuestros gobiernos, pronto conviértense en verdaderos Estados dentro de nuestros Estados, y esto, gracias a la complicidad de funcionarios nacionales corrompidos y traidores. Así la mayor parte de nuestra América, un siglo después de consumada la independencia de España, viene a reconocer periódicamente su dependencia a los Estados Unidos del Norte en una vergonzosa farsa denominada Congreso Pan-Americano, que no es más que la Conferencia Imperial o Colonial de los Estados Unidos del Norte.

Por eso nosotros, siguiendo los consejos de nuestros sabios profesores norteamericanos, decidimos desde entonces aventurarnos en una cruzada de combate que, a través de nuestra América, hiciera resonar nuestro verbo denunciador y cantara también nuestra esperanza por la nueva liberación de la América.

La primera etapa de la peregrinación tenía que ser la Argentina, tierra que sabíamos de libertad y noblemente generosa, donde ya era un hecho palpable el arraigo de la democracia. No desconocíamos ciertamente los últimos sucesos que derribaron al régimen constitucional, pero no queriendo intervenir en una lucha puramente política que era pasajera y sólo debía estar reservada a los ciudadanos argentinos, tuvimos la ingenuidad de creer que existía un verdadero Gobierno Provisional que se afanaba en devolver a la nación su régimen constitucional por medio del libre epercicio democrático del voto, sistema que era una gloria para nuestra América, constituyendo, además, una de las dignísimas características argentinas.

Llegados hace unos cinco meses a Buenos Aires, seguimos con entusiasmo la

lucha del pueblo que pugnaba por recobrar sus derechos y, más tarde, fuimos testigos de la inexcusable violación de su voluntad claramente expresada en las elecciones de la Provincia de Buenos Aires. Días después la Universidad de la capital era atropellada para introducir en las aulas,—que deben ser libres para ser fecundas—, las ideas absurdas de un hombre cuya educación fué admirablemente orientada hacia la disciplina, la obediencia y el mando, pero no hacía la comprensión de problemas que depasan la altura de la bien lustrada bota militar. La juventud entonces protestó y echóse a la calle a gritar su rebeldía en una huelga que tuvo que fracasar en la prisión y en el destirro.

Ahora, cuando los partidos políticos un tanto olvidadizos del resultado de las elecciones de la Provincia de Buenos Aires, escuchan la invitación del Gobierno y principian su campaña electoral, sin detenerles el hecho inconfundible de que impera el estado de sitio, sin dolerse de los centenares de presos políticos y de expatriados, nosotros, iberoamericanistas, creímos que podíamos también principiar a hacer oír nuestro mensaje que no es otro que el de confraternidad iberoamericana para llegar por medios prácticos a la realidad de nuestra definitiva unión económica y política. Pero bastó que los diarios anunciaran nuestros propósitos y nuestra simpatía por el partido que ahora congrega la obrero organizado, para que el señor Lugones, supremo árbitro de la libertad cívica en la Argentina, nos hiciera aprehender y después de retenernos veinticuatro horas incomunicados nos expulsara del país, como sujetos altamente peligrosos.

A nuestro pesar, tenemos que convenir que el Gobierno que arbitrariamente rige en estos momentos a la Argentina, se ha colocado precisamente en la posición que justifica nuestra lucha contra las dictaduras. Para tomar esa violenta medida debe haberse sentido solidarizado con Gómez, el de Venezuela, y con Machado, el de Cuba, o quiso hacer pública su simpatía por los intereses norteamericanos que cada día crecen en su país, cayendo así dentro de la clase de dictadores que buscan la influencia extranjera para perpetuarse en el poder.

Nosotros nos dolemos de lo sucedido, pero la actitud de un Gobierno de fuerza no interpreta en absoluto al país por el cual sentimos una admiración y un amor de ciudadanos argentinos, puesto que, para nosotros, la patria principia en el Río Bravo y termina en la Tierra del Fuego.

Fernando Robles

Montevideo, Octubre de 1981.

Letras Italianas

La misa de oro

=Trad. y Envío de *José Fabio Garnier*.=

(Concluye. *Véase la entrega anterior.*)

7.—No os malqueráis; por lo contrario, probad que obedecéis al amor, lo mismo vosotros los hombres de la iglesia que vosotros los hombres de ciencia, amándoos los unos a los otros . . .

Pero los hombres de ciencia interrumpen: "No es el amor, sino el amor propio, el que domina y gobierna al género humano como a cualquier otro género animal. Ese amor hacia sí mismo, le sirve al hombre, como a los demás seres, para actuar en la batalla de la vida . . ."

Respondo: "¿Es el hombre hoy tal como era en el principio de la humanidad? Hace casi tres mil años un poeta griego afirmaba: 'Obedece a la *Dike*, olvida por completo la *Bie*, tal es la ley dada a los hombres por el Creador. A los peces, a las fieras y a las aves, ordenó alimentarse los unos de los otros, ya que en ellos no existe la *Dike*'. *Dike* es aquello que nos señala un camino que no es el de la *Bie*, o sea, el de la violencia, el del impulso vital, me atrevería a agregar. No, decís vosotros, es a la *Bie* a la que obedecen los hombres: *vis est vita*, así exclamaba otro poeta que como romano, a la fuerza tenía que saberlo. Pero, fijaos, es cuestión únicamente de palabras. Si por fuerza, por fortaleza, por energía, por heroísmo, por imperialismo, en los individuos y en los pueblos, entendéis seguir los impulsos de la naturaleza, en realidad, usáis mal, muy mal, las palabras: las entendéis al revés. Examinaos, un instante, vosotros mismos: si vais a favor de corriente podéis abandonar los remos; si navegáis contra corriente: debéis desplegar vuestra fuerza! Fortaleza es el silencio, no el grito; la renuncia, no el asalto; el sacrificio, no el delito! Un hombre, un pueblo es fuerte no en lo que domina sino en cuanto se domina; en cuanto odia, no en cuanto ama, su exclusivo interés! Cuando, por ejemplo, vosotros, jóvenes ardientes, alzáis el águila imperial y desde la tribuna pronunciáis las cesáreas arengas, debéis pensar que el imperialismo que admiráis y aconsejáis, o es duradero, y entonces es obra de supremo altruismo, o es un anhelo egoísta de dominio y entonces efímero es. Desearíais, sin duda, renovar, no los imperios de Atila y de Tamerlán, sino el del noble Augusto. Y éste, el imperio de Roma, el imperio de los imperios, no fue sino la entrega de Roma a los pueblos conquistados, no fue sino la ofrenda que de sí misma hizo la Urbe al Orbe. Sólo durante un tercio de su existencia, el imperio estuvo en manos de emperadores, no digo romanos, sino itálicos.

¿Y hoy? . . . Pero no hablemos del presente! Surge el porvenir terrible que despedazará la juventud de la tierra con la dinamita, con la panclastita, con la lidita!

Se acerca la horrenda batalla universal que será la catástrofe de lo que llamamos materialismo y que podríamos llamar bestialismo histórico. Porque en nuestro tiempo se han verificado y se verifican hechos que se prestan admirablemente para formular la teoría del único, del interés que prevalece como impulsor en la historia humana. Pero los nuestros son tiempos de excepción.

Los pueblos se sienten hoy como aquellos peregrinos que encontraron un tesoro. Recorrían juntos el camino, tolerándose sin amarse, dispuestos a repartirse los víveres, listos para defenderse de los peligros comunes, sosteniéndose recíprocamente en los senderos escabrosos, razonando, confortándose, consolándose. Pero encontraron un tesoro, y cada uno meditó, entonces, la manera de lograr la muerte del compañero.

8.—¡Oh! viajeros del humano destino, oh! clases, oh! pueblos, cuán miserable es el tesoro que os descubrieron Colón y Livingstone, que os encontraron Watt y Volta, cuán miserable es ese tesoro si hace disminuír y desvanecer el amor que ya surgía y crecía en vosotros, mientras recorríais el fatigoso sendero! El pueblo que precede trata de rechazar al pueblo que lo sigue, y éste desea alejar a aquel. Y cada pueblo está formado por clases que han avanzado y por clases que murmuran a espaldas de las primeras. Y todos los pueblos y todas las clases, parece que prefirieran la guerra y la lucha antes que gozar, en la paz, del tesoro de la paz. Y hasta las clases de los pueblos mas alejados del tesoro, que apenas lo vislumbran en las lontonanzas de lo porvenir, luchan ferozmente entre sí para apoderarse de lo que aún no les pertenece, de lo que no se sabe si algún día les pertenecerá! Con mas ferocidad que los demás, luchan, poniendo más en duda el momento en que han de llegar a la meta! Guerra y lucha! como si cada uno, juzgando a los demás por lo que en él sucede, creyese apagado en el corazón de los otros todo sentimiento que no sea el del egoísmo más cruel! Lucha! Para obtener justicia, es preciso deshacerse de la libertad: no existe otro camino! Hagamos como aquel miserable que, en invierno, busca ser llevado a la prisión, única manera de obtener el pan de cada día! Encerrémosnos en la cárcel: así cada uno obtendrá, de este gran tesoro, la parte que en justicia le correspondo! Y guerra! para proteger con millares y millares de cadáveres húmedos aún de su sangre juvenil, este gran tesoro de civilización que no será nunca de ellos . . . ni vuestro!

9.—Así es; pero así no debe ser, no puede continuar siendo así, si se acepta

que el hombre es el animal cuyo carácter diferencial consiste en el sublime y único de desobedecer, heroicamente rebelde, a las leyes de la lucha por la vida. Esa silenciosa rebeldía, digna de un Titán antiguo ya que el moderno rompe las cadenas que lo inmovilizan sobre el Caúcaso, ahora parece interrumpida por la algarabía furiosa de la bestia que corre, enérgicamente, hacía el sitio endonde ha de comer. Sí, gracias a los descubrimientos geográficos, gracias, especialmente, a las aplicaciones múltiples de la fuerza del vapor y de la electricidad, el hombre se vé a sí mismo nuevo en un mundo nuevo. Ha comenzado, en cierto modo, otra vez, su evolución. Ha surgido, de nuevo, el atávico egoísmo. Se ha despertado el bruto primitivo, no en las cavernas o en las selvas, sino en las espléndidas Babilonias; y ha encontrado que puede utilizar armas diversas de las flechas y de las guadañas. El mismo troglodita de hoy sabe manejar el rayo!"

10.—Allá adentro, el cándido anciano generoso, ya en el límite de la vida, alza una hostia pura. Es una ceremonia antiquísima, tiene mas de mil años: de otros tiempos! De otras épocas, sí, en las cuales la ciencia estaba en pañales y el rayo aún no había sido domado. Y sin embargo . . . sin embargo aquel anciano que levanta la hostia, durante mas de setenta años se ha elevado él mismo, elevando su humanidad, se ha purificado en tal forma que no vé ni piensa en la selva oscura y en la bestia salvaje del origen, en tal modo que puede escuchar, allá en la cumbre, lo que nosotros aún no oímos y que, talvez, jamás escucharemos . . . Dejadnos, pues, entrar! Arráncate del éxtasis, oh sacerdote del Altísimo, vuelve hacía nosotros tu rostro venerado, repite las palabras de los ángeles, con las cuales ellos iniciaron la Era de Cristo, las frases que estos seres del vestíbulo han olvidado: *Paz a los hombres de buena voluntad!* Que cada uno entre con la fe que sienta, con la esperanza que aliente, siempre que vibre en él el amor; y el amor vive en cada uno cuando se es hombre, porque el hombre quiere ser hombre, aunque la bestia que se mueve dentro de él, trate, también ella, de seguir siendo bestia!

11.—Entrad, pues, hombres de buena voluntad. ¿Por qué nó? Sus plegarias nos serán provechosas. Por qué no? Un gesto, un grito que dejemos escapar, se propaga por doquier, mueve de modo imperceptible e inconcebible, hasta las mas lejanas estrellas, hace oscilar el universo: ¿Será vano el surgir de tanta imperiosa voluntad hacía el bien en un alma de tanta pureza? ¡Ruega, ruega santo obispo! Lee en el evangelio de tu aniversario:—*escucharéis batallas y rovoluciones . . . es preciso que se verifiquen . . . se levantará raza contra raza, reino contra reino* . . . Ruega por la amada Patria nuestra . . . !

Los viejos escalones

—Envío del autor—

Todos fueron saliendo,
la casa poco a poco
se fue quedando sola.
Había fiestas,
limosna para el pobre,
medida aristocracia.
La casa de ellas se nombró
en florescencia.
Se han ido desgranando;
todas fueron saliendo.
Los muebles que eran viejos
ha deshecho la infancia.
El piano con su cola
ahora es esqueleto
de dientes ya careados.

Mi alegría de niño
corría a donde ellas
por escalones de cariño.

Había fiestas,
limosna para el pobre,
un místico cariño
que se ha llevado el tiempo.

Todas fueron saliendo,
se quedaron conmigo,
las manos que eran mías,
la voz de mi consuelo . . .

Max Jiménez

Coronado, Noviembre de 1931.

12.—No es feliz nuestra Patria, oh padre! Vive restringida y pobre por salvar a sus hijos; buscó, al igual de otras naciones, desgraciadamente demasiado tarde, otras tierras en donde crear nuevas Italias. Y encontró el desierto y encontró Dogali y Abba Garima. Tropezó con la derrota allí en donde había soñado un imperio, presenció la destrucción de sus héroes juveniles allí donde había proyectado levantar las cabañas de sus colonos laboriosos. Y maldecimos y blasfemamos contra esto y contra aquello, acentuando los matices oscuros, sin lograr formarnos la idea y ver la imagen de nuestra santa Italia que creía hacer bien a sus hijos, quienes, por defenderla, cayeron desechos, tan lejos de los patrios amores! Y los hijos emigran por centenares cada año, en ríos de vida y estas corrientes van a perder el nombre, el nombre de Italia, en el mar ingrato de nacionalidades diversas. Cada año crecen las demás naciones, cada año disminuye la nuestra: son tantos los que se van para nunca volver: para no retornar al sitio sagrado endonde no hay pan para ellos, endonde no hubo escuelas que saturasen de profundo italianidad sus almas . . . No hables, generoso obispo, no hables de *enemigos de la patria* . . . Esas palabras, entre tantas cosas tuyas tan dulces y tan piadosas, me hirieron. Se trata, noble obispo, de una familia en la que no reina la tranquilidad. Hubo desventuras, hay desastres, no abunda el pan, no siempre hay luz. Surgen dificultades y riñas sin motivo. Cada uno lleva un dolor agudo en el corazón y lo lanza, como un dardo, contra el más cercano y el más cercano es el hermano, y más cerca todavía está la madre. No son enemigos. Que las cosas vayan un poco mejor y veréis como sonreirán los unos a los otros. Que las cosas vayan un poco peor; se abrazarán!

13.—Se abrazarán en la fecha magna, antes de marchar hacía la muerte por defender a la adorada Patria tan noble cuanto desgraciada. Y tú, obispo generoso, habla, en secreto, con lo Invisible, acerca de ese gran día en el que deberemos, defendiendo lo que ya es nuestro, exigir lo que todavía no se nos ha devuelto. En secreto, oh, piadoso, imprecando y suplicando, temblando y gimiendo . . . Pero al pueblo dí con voz fuerte y enérgica: *Sursum corda!*

Preparemos esos corazones amargados! Que no luchen entre sí los que están destinados a morir como compañeros! Escúchame: levanta tu potente voz apostólica, así com yo he hecho oír mi charla de discípulo: yo por tu noble *Obra de Asistencia* y tú por la sociedad que lleva el nombre y se ha impuesto la misión sacrosanta del Genio de la Italianidad: Dante Alighieri!

Italia necesita a todos sus hijos. Desgraciados los hijos que niegan socorro a su madre; más desgraciados aún aquellos que ante la madre necesitada critican los unos la ofrenda filial de los otros, diciéndole: "No la tomes: es veneno! Te la envían los sacerdotes! Te la obsequian los masones!"

14.—Pero el noble obispo rezará por todos: por todos los hijos de Italia y por todos los hombres de la tierra, por todas las clases y por todas las razas. Rezará porque en todos aliente este espíritu que hacía lo alto conduce, rezará por los que ascienden y también por aquellos, infelices, que caen. Acompaña a los que desfallecen y derrama en las abiertas heridas el bálsamo suyo! Y rezará, rezará por aquellos a quienes nosotros encadenamos, a quienes encerramos en jaulas de hierro, a quienes enterramos vivos en una celda endonde han de sentir por años y años la amenaza constante de la muerte; rezará por aquellos a quienes hizo caer en momentáneo olvido del amor, una malentendida sugestión de amor y para quienes, nosotros, olvidamos completamente el amor!

15.—El cándido anciano se vuelve hacía nosotros y nos dice: Id: la misa ha terminado.

No nos iremos todavía, noble obispo. Es tu misa de oro. Hace cincuenta años que cumples con los deberes de tu ministerio; te debemos un premio . . . No; perdona; una lismosna. Recíbela. Es preciso darle una lismosna a tu fuerte ancianidad. Algo para construirte un Hos-

picio . . . para nuestros obreros errantes. Con eso te premiamos, te obsequiamos, te beneficiamos. Aquí encontrarán refugio, instrucción, asistencia, alimento. Y eso te causará placer. Dejarán aquí sus azadas con las cuales cambian el aspecto del mundo sin ganar en toda su fatigada vida de trabajo lo necesario para reposar un año de su mísera vejez; se detendrán, en su perpetuo camino, y reposarán por lo menos una noche, en un lecho, como se acostumbra decir y aquí está bien dicho: en un lecho cristiano. Y eso producirá placer a tu corazón. Escucharán, antes de dejar la patria para ir a ser arrastrados por derrumbes, envenenados por miasmas, inutilizados por caídas, escucharán una dulce palabra de consuelo en la lengua de la patria y consigo la llevarán en su destierro. Y éso llenará de placer tu alma. El bien, para ti, es el bien que a los otros se hace.

16.—Gentiles almas que con paciencia me habéis escuchado: terminando la ceremonia el santo obispo os da las gracias. Él se siente profundamente agradecido. Imitémoslo. Vuelve hacia él nuestra gratitud por habernos inspirado llevar a efecto este poco de bien. Y sea para vosotros, y sea, también, para mí una alegría, una de esas alegrías que bastan para anular las tristezas se la vida, el haber contribuído a formar la limosna de esta itálica, verdaderamente humana y divina Misa de Oro!

Giovanni Pascoli

en Pisa, en 1905, y en primavera.

Páginas 279 a 298 del volumen *Pensieri e Discorsi*. Nicola Zanichelli, editor. Bologna, 1907.

Canales interocéanicos: Panamá, Nicaragua

París, Sep. de 1931.

Señor don
J. García Monge,
San José, C. R.

Muy distingido amigo:

Me dice usted en su interesante carta de Junio que la encuesta sobre el Canal de Nicaragua abierta en el *Repertorio Americano,* con la cooperación de la Liga de Reconcialición ha despertado en gran manera la atención tanto en los Estados Unidos como en la América-hispana, e insiste con genial benevolencia en que yo exprese mi concepto sobre los diversos puntos de esa encuesta. Y voy en seguida a corresponder a su deseo, limitando mi respuesta a la cuestión principal, *validez del Tratado Chamorro-Bryan,* acogiendo en los demás puntos las luminosas opiniones del señor Salomón de la Selva, quien con tanta competencia los ha examinado en su respuesta al cuestionario, publicada en el ejemplar del *Repertorio* que usted me ha remitido.

Los pueblos imperialistas de la potencia económica y militar de los Estados Unidos de Norte América, proceden en sus relaciones con los demás Estados de nuestro continente, débiles y desorganizados, con criterio fundado únicamente en la *necesidad,* esto es, conforme a la conveniencia de sus intereses políticos y comerciales. Asi procedió Roma en la antiguedad. Para la república como para el imperio era guerra *legítima* lo que aparecía como *necesaria* a los intereses romanos. Aquellos poderosos Estados Unidos para alcanzar un objeto que está en las miras de su necesidad *(Destino manifiesto)* emplean toda suerte de medios: la diplomacia, el engaño, el dinero, la fuerza. En donde encuentran resistencias de un orden jurídico las van eliminando con lentitud, pero seguramente; donde encuentran gobernantes que se venden, los compran.

Si el tratado Chamorro-Bryan fue celebrado, como no queda duda, por un gobernante nicaraguense sometido a las influencias políticas y a la fuerza militar de una de las altas partes contratantes, ese tratado quedó viciado de nulidad, y así lo tendría que declarar cualquier tribunal suficientemente libre para dictar un fallo en la materia. Ese tribunal no podría ser otro que la propia Corte de Justicia de los Estados Unidos, dado que esta incontrastable potencia no admitiría la decisión del asunto por la Corte Internacional de la Haya, ni mucho menos por un tribunal de juristas iberoamericanos.

Si entre los particulares existe en la legislación común el derecho de reclamar en caso de lesión enorme, también debería existir ese derecho para los pueblos, cuando un gobernante enajena la soberanía de su país, pues ni todo el pueblo tiene derecho a enajenarla, porque las generaciones del presente no pueden en materia tan fundamental disponer de lo que pertenece a la serie de generaciones futuras. Sólo en caso de guerra, la conciencia jurídica del mundo acepta esa clase de enajenaciones y como un mal necesario, consecuencia de la fuerza misma, que es el mal eficiente por naturaleza. Chamorro, bajo la presión corruptora de un gobierno poderoso enajenó la soberanía total de Nicaragua, que no otra cosa significa el escandoloso tratado. Chamorro al conceder a los Estados Unidos el derecho de establecer una base naval en el Golfo de Fonseca, al cederles las islas adyacentes y al autorizar a esa potencia para construír un canal al través del pequeño territorio de Nicaragua, dispuso de la soberanía inmanente de Nicaragua.

El Tratado Chamorro-Bryan está viciado de nulidad ante la moral política: 1º porque el gobierno de los Estados Unidos trató con un gobernante que le había sido impuesto por los mismos Estados Unidos a Nicaragua; 2º, porque al pagar tres millones por las concesiones que otorgaba un usurpador, sabían perfectamente que lo engañaban, y 3º, porque al tratar de la cesión del Golfo de Fonseca y de la autorización para la apertura de un Canal Interoceánico por la vía del río San Juán y del gran lago de Nicaragua no tuvieron en cuenta los derechos de Costa Rica y del Salvador, los cuales oportunamente elevaron su protesta.

Chamorro cedió lo que no le pertenecía, y por consiguiente la convención por él celebrada es nula conforme al derecho estricto.

Si los Estados Unidos deshacen el nefando tratado, darían la mayor prueba de grandeza de toda su vida histórica.

Sin contar la tenacidad de Sandino y la noble entereza de Costa Rica, podemos decir que la protesta mas eficaz contra el nefando pacto la elevaron al cielo reçientemente los volcanes de Nicarague. A ellos no los pudo sobornar nadie, y ellos se oponen al cumplimiento del Tratado Chamorro-Bryan.

Quedo de usted afmo. compañero y admirador,

Max Grillo

LIGA DE RECONCILIACION

(Fellowship of Reconciliation)

San José, Costa Rica,
17 de Enero de 1931.

Señor Don
....
P.

Muy distinguido señor:

Es bien probable que en el curso de este año el Congreso de los Estados Unidos trate de manera definitiva el proyecto de construcción de un canal interoceánico por Nicaragua. En redor de este asunto hay opiniones muy diversas que, en la América Latina, sería deseable cristalizar. En los Estados Unidos pesa cada vez más la opinión latinoamericana, y conviene que el Congreso norteamericano pueda, para ilustrar sus deliberaciones y llegar a una conclusión que sea justa para con el continente contar con la opinión pública latinoamericana más esclarecida, sobre los siguientes puntos o cualesquiera además de ésos que usted sugiera.

I.—*El Tratado Chamorro - Bryan:*

a).—Validez de este Tratado.
b).—Interpretación de dicho Tratado.
c).—¿Cómo deben solucionarse los conflictos originados, con motivo de dicho Tratado, entre los Estados Unidos, por una parte, y las Repúblicas de Costa Rica, El Salvador y Honduras, por otra?

II.—*Un nuevo Tratado.*

a).—¿Se necesita o no un nuevo Tratado? ¿Entre quiénes?
b).—Si es necesario, ¿cuáles deben ser sus puntos esenciales con relación:
1).—A los derechos y al bienestar de Nicaragua: y
2).—A los derechos y al bienestar de las otras Repúblicas de Centroamérica?

III.—*Cuestiones generales.*

a).—En vista de su importancia para todo el continente como vía de comunicación y transporte, ¿debe el nuevo canal ser del dominio exclusivo de los Estados Unidos de Norteamérica o empresa bajo el dominio internacional? En este último caso, ¿qué clase de dominio internacional aconseja usted?
b).—Adoptada cualquiera de las dos alternativas arriba indicadas, ¿debe fortificarse o no este nuevo canal?
c).—¿Qué estipulaciones deben establecerse referentes al tránsito por el canal?
d).—¿Cómo deben resolverse los problemas obreros, y los del comercio que presente la construcción y mantenimiento del nuevo canal?

Repertorio Americano, semanario continental, generosamente ha abierto sus columnas, haciendo suya esta encuesta, para la publicación de las respuestas que se reciban y de los documentos e informaciones que puedan ilustrar la opinión para formarse juicio sobre estos problemas. Rogamos a Ud. dirigir su respuesta al Sr. Joaquín García Monge, Director de *Repertorio Americano,* San José de Costa Rica.

De usted con el mayor respeto,

por la LIGA DE RECONCILIACION,

Carlos Thomson,
Secretario en la América Latina.

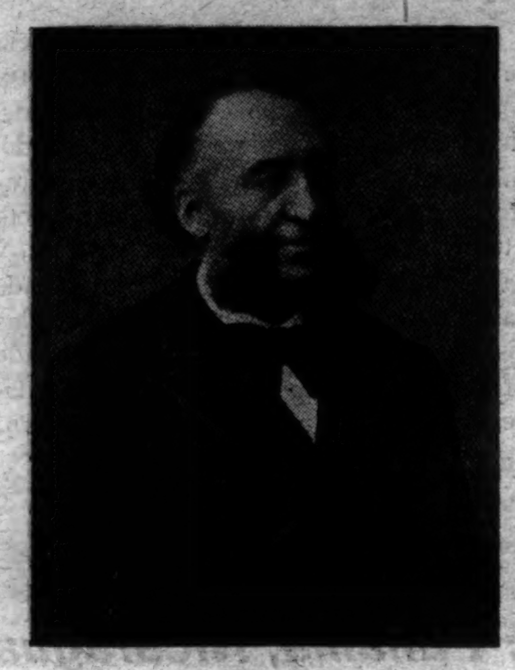
Ferry y la escuela laica

El fruto de un buen sembrador

— De *La Libertad*, Madrid. —

Francia acaba de rendir homenaje a uno de los hombres que la redimió del segundo Imperio y cimentó para el porvenir la tercera República: Julio Ferry. El segundo Imperio se estatuyó por un golpe de fuerza que se mantuvo halagando los estómagos y ahogando las conciencias. "Bon appetit, monsieur", decía el rey Blas de Víctor Hugo dirigiéndose a las gentes insaciables de aquel período en que lo más empequeñecido era el pueblo. El pueblo era más chico que Napoleón el chico, porque era el pueblo que aceptaba alegre los más bajos expedientes electorales y ofrecía siempre que al Poder convenía los plebiscitos con que el Imperio se daba el tono de vivir en la legalidad. Todo era fachada en el Imperio; lo prueba Sedán. Pero esta fachada se apoyaba en masas gregarias abatidas o atemorizadas. Ellas eran el peligro de que habría de salvarse a Francia. Francia exigía ser salvada de su pueblo más que de su Imperio. "Hay que matar a los esclavos; los esclavos son más peligrosos que los tiranos", escribió Andriew apuntando a las fechas históricas de esta naturaleza.

Si los hombres de la República sentían el afán de edificar una institución democrática definitiva, se les imponía como acción principal ésta: hacer de cada elector servil del Imperio un ciudadano. Sólo la escuela podía realizar esa transformación. De la escuela, como imperativo inexcusable del nuevo Estado, cuidó Ferry. "Con un régimen oligárquico o monárquico, la instrucción de todos no es ciertamente inútil para el pueblo—decía el mismo Ferry en uno de sus discursos del Parlamento—; pero no tiene ninguna untilidad para la Administración pública, porque el planteamiento y resolución de los problemas incumbe al poder personal que gobierna; para éste es mejor que el pueblo sea ignorante. En una República donde es soberano el sufragio universal, poderosa la opinión, y el pueblo decide por sus elegidos de la orientación de los negocios públicos, es indudable que si la masa es ignorante y ciega será presa de los demagogos y los aventureros. Cuanto más clarividente es un Gobierno, mejor gobierna; por consiguiente, cuando el gobierno pertenece a todos es preciso que todos se hallen instruídos". Julio Ferry, talento organizador más que declamador; ordenador silencioso más que definidor brillante; del temple de Colbert más que del espíritu de Mirabeau, consagró su vida a este fecundo empeño: enseñanza primaria, gratuita, obligatoria y laica. Para que la obligatoriedad fuera efectiva necesitaba, siguiedo a Condorcet, sembrar de escuelas y maestros la Francia del segundo Imperio, yerma de ellos; esto hizo con sus ejemplares presupuestos de Instrucción pública. Para que el laicismo no fuera un nombre rutilante y vacío, sino una realidad



Jules Ferry

viva, exigía reñir una batalla con las Congregaciones y con la parte de Francia afecta a ella; la riñó a pecho descubierto, con el gesto heroico y decidido de los estadistas que tienen un ideal y una voluntad humana para servirlo en su plenitud. "Nadie puede dirigir un establecimiento de enseñanza (público o privado, de cualquier grado que sea), ni enseñar en él—decía el famoso artículo 7º de su proyecto de ley—, si pertenece a una Congregación no autorizada." El clero y el partido católico combatieron denodadamente este proyecto; los obispos eran caudillos en el combate. El 16 de Julio de 1870 comenzaron en la Cámara de Diputados los debates. Julio Ferry demostró que la enseñanza de los jesuitas respiraba odio contra la sociedad moderna y que no podía ser entregada a ellos la Francia del porvenir. Francia había de ser una nación presente iniciadora de su Estado; matriz de aristrocracias dirigentes y de una democracia con conciencia de su responsabilidad histórica. Precisaba entonces la escuela asequible a todos, como un derecho del ciudadano y como un deber del Estado para el ciudadano. Precisaba además que esta escuela fuera asociadora, no disociante, creadora de una solidaridad moral, no seccionadora por diferencias de dogmatismo religioso o de características de clase. Es decir, precisaba la escuela laica. La escuela laica creada por Ferry en 1880 ha resucitado en el Marne la Francia muerta de Sedán. Esta Francia de la que ha podido atestiguar, como ejemplo, el mariscal Foch: "El Gobierno republicano es el más fuerte en las horas de guerra, porque es el que puede movilizar mayor suma de fuerzas nacionales."

¿Limitóse la obra de Ferry a la escuela primaria? No. en 1883 estableció el cuadro de las humanidades; creó después la enseñanza secundaria para las mujeres, hasta entonces monopolizada por los conventos. Influído ya por el desenvolvimiento de la enseñanza técnica, estatuyó las escuelas manuales de aprendizaje y las primeras grandes escuelas profesionales. Ferry inició, en síntesis, la escuela laica. Puede decirse de Ferry lo que de Turenne: "C'est un homme que fait honneur a l'homme." Es. evidentemente, un hombre que hace honor al hombre. Republicano, amó la República, no como una satisfacción de ambiciones, de apetitos o de honores, sino como un ideal. Demócrata, se inclinó ante la voluntad popular. "Nuestro programa—declaraba al escender al Gobierno en 1880—no se parece a los manifiestos altisonantes con que los detractores de la mayoría actual incuban su impotencia. Tenemos por juez a la nación prudente que hace diez años aprecia la política de los republicanos. Es preciso un completo acuerdo entre la mayoría y el Gabinete. No queremos que la mayoría nos sufra o nos tolere, y le pedimos que nos dé o nos niegue resueltamente su cooperación."

No sufrir como una carga abrumadora, ni tolerar por misericordia, por impotencia o por conveniencia. No; colaborar. Colaborando libremente, que es la úunica actitud en que la opinión puede aceptar al estadista demócrata. Hombre de centro, fue denostado por los extremistas de derecha e izquierda; sectario le llamaban los unos; tonkinés, los otros. Unos y otros, por haberse mantenido en ese centro, reconocen ahora en el homenaje que acaba de tributársele, que la tercera República no ha tenido un hombre de Estado como Ferry.

Pensador obstinado . . . Es decir, pensador que para que su pensamiento no se malograra, fue también voluntad para su pensamiento; y voluntad que quiso ser siempre acción del pensamiento para no ser tampoco voluntad ciega y perturbadora. Perteneció, en síntesis, a la categoría excelsa de los sembradores románticos—los únicos edificadores de nacionalidades firmes—, que saben que llegará la cosecha; pero que antes que la cosecha ufana que pueden ver sus ojos llegará la muerte.

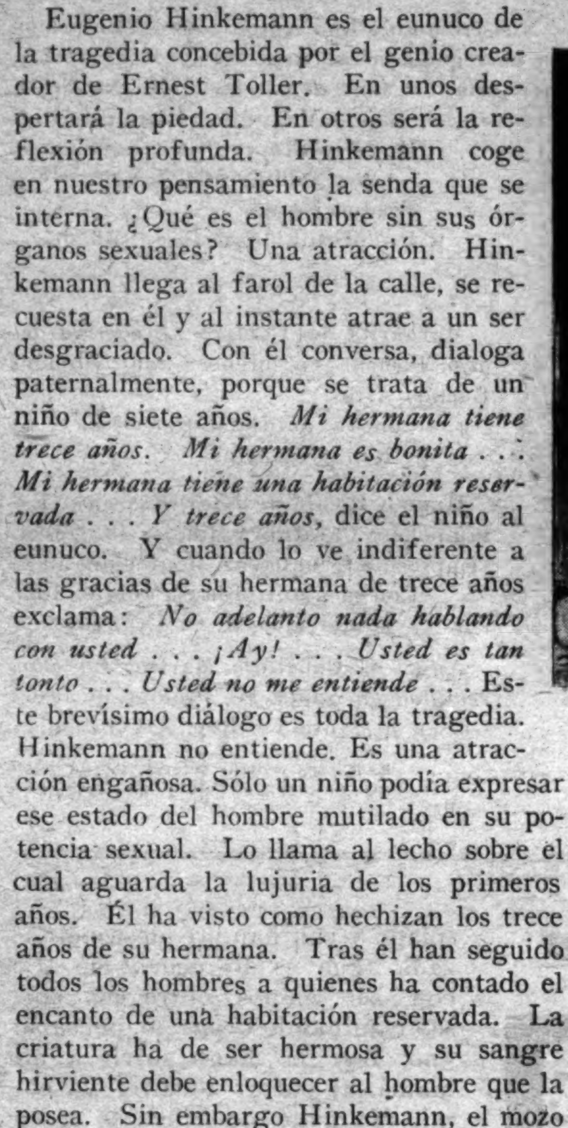
Marcelino Domingo

Estampas

Una tragedia de Ernest Toller

¿Ganaremos lectores para Toller?

—Colaboración directa—



Eugenio Hinkemann es el eunuco de la tragedia concebida por el genio creador de Ernest Toller. En unos despertará la piedad. En otros será la reflexión profunda. Hinkemann coge en nuestro pensamiento la senda que se interna. ¿Qué es el hombre sin sus órganos sexuales? Una atracción. Hinkemann llega al farol de la calle, se recuesta en él y al instante atrae a un ser desgraciado. Con él conversa, dialoga paternalmente, porque se trata de un niño de siete años. *Mi hermana tiene trece años. Mi hermana es bonita . . . Mi hermana tiene una habitación reservada . . . Y trece años*, dice el niño al eunuco. Y cuando lo ve indiferente a las gracias de su hermana de trece años exclama: *No adelanto nada hablando con usted . . . ¡Ay! . . . Usted es tan tonto . . . Usted no me entiende . . .* Este brevísimo diálogo es toda la tragedia. Hinkemann no entiende. Es una atracción engañosa. Sólo un niño podía expresar ese estado del hombre mutilado en su potencia sexual. Lo llama al lecho sobre el cual aguarda la lujuria de los primeros años. Él ha visto como hechizan los trece años de su hermana. Tras él han seguido todos los hombres a quienes ha contado el encanto de una habitación reservada. La criatura ha de ser hermosa y su sangre hirviente debe enloquecer al hombre que la posea. Sin embargo Hinkemann, el mozo que se apoya en el farol de la calle, le ofrece buñuelos y le pregunta si tiene hambre. ¡Ah! Hinkemann no entiende. El niño lo ha visto.

¿Cómo va a entender el eunuco los goces de la carne? Hinkemann es un mutilado de la guerra y perdió esta potencia corporal que da estructura varonil a la vida. Toller no ha hecho de su criatura una deformidad horrible. Le ha infundido majestad. Cuenta su tragedia con un sentido superior de comprensión. Oigámosla: "No era un hombre de relieve . . . Uno de tantos obreros que luchan . . . Se casó a los veinte años . . . Ella, delicada, tierna . . . Él, un hombrón, orgulloso de su fuerza . . . Estalló la guerra . . . Fue incorporado a un regimiento de infantería . . . Como es natural, amaba a su mujer . . . Pensaba en ella a todas horas . . . Y de pronto, tuvo un deseo vehemente . . . Quiso tener un hijo . . . En una batalla fue herido. El corazón se le llenó de felicidad . . . Pensó que así volvería a su casa . . . Despertó en el Hospital . . . Se tentó el cuerpo . . . Un vendaje le sujetaba el vientre . . . Oyó una voz: "Nuestro eunuco se acaba de despertar. ¿Qué cara pondrá cuando se entere . . . ? " . . . ¿Por qué me llamas eunuco?" . . . Cerró los ojos rápidamente . . . Como el que quiere no ver algo que le desagrada profundamente . . . Aquella noche no durmió . . . Supo la verdad



Ernst Toller

al día siguiente . . . Y gritó . . . Gritó con todas sus fuerzas . . . Como un jabalí herido . . . Noto de pronto, que su voz se atiplaba . . . Se calló . . . Quiso pensar en su mujer . . . Pero no pudo . . . Quiso ahorcarse . . . Le faltó valor . . .

Pero si Hinkemann no entiende lo que significan las llamadas de la carne de mujer lujuriosa, sí tiene una sabiduría para ver la vida. No podía Toller poblar su tragedia con una ruína humana. Hinkemann sabe ver cosas terribles. No podrá concebir un sér. Mas, penetra en el alma de aquellos que los hombres conciben y los vé en la realidad más tremenda. "Es terrible—exclama—cuando se ve, cuando se ven las almas de los hombres: ¿Sabes lo que son las almas? Una es un pedazo de tocino. Otra, una máquina. Otra, un casco de acero." Será mayor la tragedia de Hinkemann llena de visión, de ese poder tan grande para sorprender el verdadero estado del alma humana. Sin embargo, la majestad de que Toller lo animó es una majestad tempestuosa. Un hombre que ha perdido en una batalla sangrienta sus órganos sexuales, no queda muerto para la vida. Al contrario, la vida recibe la influencia de un ser diferente que aspira a encontrar en ella un significado que nunca logramos sorprender. Alguien dirá que el eunuco que divierte a las gentes con su número asqueroso de las ratas a las cuales les muerde la garganta para que chorree por su boca la sangre, no puede gozar de superioridad ninguna. Recordemos que Hinkemann ama a Grete, su mujer. Y la ama, porque ella no le despreciaba, porque ella no le odiaba, conociéndolo mutilado y enfermo. Su mujer amaba su alma. Entonces Hinkemann hizo por ella todos los sacrificios, hasta el más grande de los sacrificios, derramar sangre de animales vivos. Necesitaba dinero y contratándose para aquel espectáculo humillante, lo tenía. El dinero sería para sostener su hogar y dentro de él a Grete, la mujer que le ofrecía un poco de amor. Si hubiera descendido en su condición varonil habría regresado al lado de su compañera, indiferente, estúpido. Se habría arrimado a ella como el matapalo. La habría dejado prostituirse.

Y como vive Hinkemann noblemente, en igual sentimiento quiere hacer vivir a su esposa. Cuando Grete mata la aspiración de aquel ser mutilado, él se muestra grande, fuerte, profundamente comprensivo. "Y por ello—le dice—debes morir . . . No porque te hayas ido con otros . . . Este era tu derecho . . . No porque me hayas engañado . . . No . . . Tú debes morir porque te has reído de mí, de mi desgracia . . . Una mujer tiene derecho a estrangular a su hijo y nadie tiene derecho a arrojarle una sola piedra . . . Pero si despés se riera de que al niño le cuelga la lengua, húmeda y larga, de la boca, merece ser torturada hasta el fin de los siglos . . . " La desprecia, la deja ir al sacrificio, a la muerte. Había roto un mundo que él sentía poblado de cosas delicadas. El eunuco vivía para el espíritu y pensó que también su mujer podía apaciguar el cuerpo y seguirlo.

¿Quienes pedirán la tragedia de Ernest Toller y la leerán, buscando motivos de reflexión? Es una tragedia que perdurará. Hinkemann ha sido creado por el genio de Toller con un poder tan grande como el que animó a Ibsen, o a Strindberg. Toller conquista su puesto de gloria. Es un agitador de conciencias que quiere infundirles grandes alientos. La guerra no lo hizo un cronista, sino un creador. Hinkemann debe haber sido una de las millares de unidades paralizadas por las balas de las batallas. La vió crecer en el espantoso dolor y la estampó en la tragedia formidable. Pero antes se reveló contra la guerra y dijo con valor su pensamiento. La cárcel se abrió para él como castigo a su osadía. Y sin poderlo arrebañar tuvo que dejarlo volver a la vida de libertad. En ella se mueve lleno de una original visión. Lo recordamos cuando irrespetó el santuario de Henry Ford, la fábrica de automóviles en Detroit, y después de visitarlo y observarlo, informó al mundo lo que había visto. Alguna revista norteamericana quiso recordar a los que hicieran motivo de reflexión el artículo de Toller, que el escritor era un expresidiario. Sí, el expresidiario de las cárceles alemanas que tampoco toleraban la no sumisión a la guerra. Precisamente porque se le acusaba de haber sido presidiario, fue que nos despertó una sincera curiosidad la vida de este joven escritor. Queríamos leerlo

y en cuanto hemos tenido una de sus obras, la hemos leído y meditado.

Contando nuestra reflexión podremos interesar a algún lector por la obra de Toller. Hinkemann es la tragedia que no muere, porque no ha salido de un mundo ligero a regocijar o a entristecer a hombres y a mujeres que viven solo el minuto que pasa. Es tragedia de todos los tiempos y puede así penetrar lo que hay de eterno en el alma y el pensamiento humanos. Estas generaciones sentirán el dolor de Hinkemann, como lo sentirán también las que en lo porvenir reflexionen en él con ánimo comprensivo. Toller hizo brotar de su genio creador la obra de perennidad inmarcesible.

Juan del Camino

Cartago y noviembre del 31.

Hágase de *Hinkemann*, por Ernest Toller. Precio ¢ 3.50. Con el Adr. del *Rep. Am.*

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los Autores y de las Casas editoras)

Un nuevo autor costarricense: Guillermo Ortiz Sequeira. *Leda* se llama la novela que acaba de remitirnos. Imp. Ujueta. San José, Costa Rica. 1931.

Cortesía de los autores:

Juan Carlos Sabat Pebet: *Rodó en la cátedra*. Publicación de la Asociación «José E. Rodó». Montevideo. 1931.

Dr. Diego Carbonell (188, Rue de la Victoire. Bruxelles): *1830*, Editorial «Le Livre Libre». París. 1931.

Jesús Castro (México): *Mirra de primavera*. Versos. 1931.

Dos libros de la Editorial CENIT, de Madrid:

El trabajo rojo. El nuevo obrero de la Unión Soviética. por varios autores.

En la serie «Documentos vivos».

Sinclair Lewis: *Calle Mayor*. Historia de Carol Kennicott. Taducida del inglés por Carlos de Onís.

En la serie «Novelistas nuevos».

Nuestro amigo Don Antonio Médiz Bolio nos ha entregado, por encargo del autor, esta obra meritoria: *Un siglo de poesías belga*. Por Francisco Castillo Nájera. M. Aguilar, Editor, Madrid.

Historia, Notas críticas, biográficas y bibliográficas.

Traducciones.

Prólogo de Juan José Tablada.

Margarita del Campo: *La sombra del hijo*. Poemas en prensa. 2da. edición. Buenos Aires.

Con la autora: Burzaco. F. C. S. Rep. Argentina.

Hugo L. Ricaldini: *Ladrillos rojos* (Estampones). Carátula y dibujos de Sgarbi. «Impresora Uruguaya». Montevideo 1931.

Con el autor: Juan Paublier 1027 Montevideo. R. O. Uruguay.

Angel S. Caballero Martín: *La Universidad en Santa Fe*. Prólogo de Jesús Gallán h. Santa Fe. Rep. Argentina.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones posteriores.

Un día me hallé un susto

—Envío del autor—

...Los juguetes rústicos que divertían a la influencia de cuatro manos infantiles, que alegraban dos corazones, quedaron trágicamente sobre las dos solas manos mías y por eso los aborrecí de corazón. Sin juguetes, sin compañero de juego, fui un niño sin alegría. Me veía el sol desde el ocaso, diariamente, monologando triste al abrigo de un árbol de aguacate, en el fondo del solar.

Después, Dios continuó bañando de su misericordia mi casa: mamá se fué consolando y yo mismo, hice paz con los juguetes. Pero vino la revolución de Tinoco y apartó de nuestra casa, por largo tiempo, a mi papá. Esperancita estaba recién nacida. Busqué los juguetes porque estaba triste; ahora tenía que buscar la tortilla y los frijoles, porque sentía hambre...

Supe entonces lo que duele pedirle comida a la mamá y oírla contestar entre sollozos: «Hijo, quisiera ser comida para saciarte el hambre».

Uno, dos... tres días y el fuego apagado; ¿para qué encenderlo? Yo iba donde la Chepita Centeno, donde doña Blanca, a la casa de mis tías y me sentaba en el quicio de la puerta para ver si se les ocurría enviarme a hacer algún mandado y ganarme mi cinquito. Cuando lo conseguía, regresaba a mi casa feliz y con aires de Colón el 12 de Octubre de 1492. Desde la puerta impaciente atalayaba mi hermana.

Un día me estuve en el quicio hasta que dieron las doce; no lloraba el chiquito para llegar a mecerlo, ni se ofrecieron mandados, ni hubo que barrer el patio, como ayer, ni nada. Oí el ruido de los tenedores y de las cucharas en la mesa, el de los taburetes cuando se estaban levantando los comilones y, finalmente, el alboroto que hacía la sirvienta lavando los trastos. Entonces desconsolado y con hambre desesperanzada (que es lo peor), me fui; con las manos entre las bolsas, caminando despacio, pensaba: «no, hoy no hago sufrir a mi mamá; al entrar le diré: ya comí, me gané un cinco y como tenía mucha hambre, compré una empanadilla y... perdóneme, mamacita, que no se lo traje. Ella, natural, me va a perdonar y a buscar comida para uno menos. Yo pasaré de paso y allá, en el fondo del solar esperaré, con toda la fe que me permita el estómago, a que Dios me tire un bollo de pan.» Yo había oído decir que la fe mueve montañas y con la lógica inocente pensaba: «es claro que me lo tira; ¿cómo va a ser más fácil para Dios hacer un terromoto que tirarme un bollo de pan?...» Cuando, en eso ¡Jesús me valga!; en el suelo al alcance de mis manos, regalándoseme, había un billetazo de a veinticinco céntimos, así de tamañote como un periódico! Lo junté y lo besé... que va!: lo mordí.



Madera de *Amighetti*

(Si el dueño me lo hubiese pedido en ese momento, caigo redondito, muerto definitivamente).

Una bala no pudo ir en menos tiempo que yo a mi casa; cuando llegué, me fue imposible decir palabra; tiré el tesoro en las piernas de mamá, sobre la recién nacida que mamaba sangre, y me fui derechito, no al solar, sino a la cama y allí, oculta en la chamarra mi cabeza, abrazado a mi mamá y a mis hermanas, lloramos juntos un buen rato

Adán Guevara

Heredia. 1931.

El galgo celestial

Por Francis Thompson

(1859-1907)

= Traducción libre hecha del inglés por J. B. A. =

Huí de El, bajo las noches y los días;
huí de El, bajo los arcos de los años;
huí de El, por las sendas laberínticas
de mi propio pensar; y en el vapor del llanto
ocultéme de El y en la rodante risa.
Subí tras las vislumbres de esperanzas;
bajé, precipitado,
hacia las lobregueces titánicas del miedo,
librándome de aquellos fuertes Pies que me seguían.

Pero con lenta caza,
e imperturbable paso,
deliberada rapidez y majestuosa obstinación,
los Pies marchaban a compás y con mayor apremio
una Voz repetía incesantemente:
"Todos te negarán si tu me niegas".

Supliqué, semejante a un fugitivo,
ante muchas ventanas amorosas, de purpúreas cortinas,
orladas con urdimbres de bondades;
(pues aun sabiendo que Su amor me perseguía,
estaba temeroso
de que, por obtenerle, lo perdiese todo)
mas si alguna ventana francamente se abría,
el ímpetu de Su proximidad la desgajaba.
El miedo no es tan hábil en la fuga como el Amor en el acoso.
Arrojéme a través de los márgenes del mundo,
y perturbando el dorado portal de las estrellas,
sacudí sus barrotes rechinantes, en busca de refugio;
y con armónica trepidación
y argentino crujir, agité las puertas incoloras de la luna.
Gritéle a la mañana: Más de prisa; a la tarde: Sed pronta—
defendedme con vuestros celestes brotes de azahares
de este Amador tremendo!
Agitad vuestras gasas vaporosas, que no pueda mirarme!
Tenté a todos Sus servidores, para encontrar tan sólo
que ellos por serle fiel me eran traidores,
que siendo veleidosos le eran firmes,
que su falsía era virtud y su doblez lealtad.
A las cosas más rápidas les demandé mayor presteza;
y agarréme a las crines silbantes de los vientos.
Pero bien se deslizaran, suavemente embarcados,
por las largas sabanas del azul;
o bien, impelidos por el trueno,
hicieran rechinar Su carro a través del firmamento,
manchándolo de luces fugaces al golpetear sus plantas:
El miedo no es tan hábil en la fuga como el Amor en el acoso.

Todavía con lenta caza,
e imperturbable paso,
deliberada rapidez y majestuosa obstinación,
se acercaban los Pies perseguidores,
y una Voz sobre su ritmo repetía:
"Nadie te amparará si no me amparas".

Dejé ya de inquirir lo que buscaba errante
a la faz de los hombres y doncellas;
pero en la profundidad de las pupilas
de los niños, hay algo que responde,
ellos *son para mí, sí, para mí son ellos!*
Hacia ellos volvíme con sigilo;
mas al crecer sus ojos en encanto
con clarear de respuestas,
me los arrebataba su ángel de mi lado.

"Venid vosotros, hijos de Natura,
participadme con vuestra dulce compañía;
dejadme que os acoja labio en labio,
y mezcle con las vuestras mis caricias,
jugueteando
con los movibles rizos de nuestra Santa Madre,
festejándome
con ella en su aéreo palacio,
bajo doseles azurados,
bebiendo, como vosotros sin mancilla,
de un cáliz
bañado con luz de primaveras".
Así pasó:
en dulce compañía me unifiqué a vosotros—
y descorrí el cerrojo de los secretos de Natura.
Conocí todos los rápidos sentidos
de la faz veleidosa de los cielos;
supe cómo las nubes se amontonan,
espumadas por el soplo de los mares;
todo lo que nace y muere,
surge y decae, convertido en forjadores
de mis propios caprichos, dolientes o divinos—
con ellos padecí y regocijéme.
Estaba pleno de crepúsculos,
cuando la noche enciende sus cirios temblorosos
rodeändo del día las muertas santidades.
Me reí con los ojos de la aurora.
Con el mudar del tiempo me sentí ya triunfante o dolorido,
el cielo y yo juntos lloramos,
y sus dulces lágrimas hiciéronse salobres al mortal contacto;
cabe el rojo palpitar de su corazón de atardeceres
puse el mío a latir,
y mezclé su calor con mis calores;
mas no por eso curóse mi honda herida.
En vano con mis lágrimas mojé la gris mejilla de los cielos.
Pues, ay! nunca pudimos entendernos
esas cosas y yo; con voz yo hablaba—
y su voz era un soplo, hablaban con silencios.
Calmar mi sed no pudo la Natura;
aunque me recubriera, si me fuese debido,
con aquel manto azul del firmamento,
y me mostrara sus senos de ternezas:
jamás la leche suya me bendijo
en la sedienta boca.

Cerca, cerca, la caza se aproxima,
con paso imperturbable,
deliberada rapidez y majestuosa obstinación,
y pasados los Pies estrepitosos
una Voz llegó a mí aún más ligera:—
"Nada te placerá si no me places".

Desnudo aguardo de Su amor el golpe!
Tú en pedazos mi yugo destrozaste,
doblegándome hasta verme de rodillas;
estoy ya sin defensa
Dormí, tal me parece, y despertéme,
y, mirando despacio, me encontré desnudo.
En las primeras lozanías de juvenil empeño,
conmoví los pilares de las horas
y cargué con mi vida; mancillado
me yergo entre el montón polvoriento de los años—
bajo los cuales yace mi juventud marchita.
En humo se tornaron ya mis días,
creciendo y reventando como rayos de sol en las corrientes.
Sí, hasta el ensueño al soñador le falla,
y al músico la lira;
hasta las hilvanadas fantasías se agotan,
en cuyos filamentos até el mundo a mi muñeca,

débiles filamentos, demasiado débiles,
para esta tierra colmada de dolores.
¡Ah! ¿Es Tu amor en verdad
una hierba, una hierba inmarcesible,
que no deja otras flores brotar sino las propias?
¡Ah! ¿Tienes—
artífice infinito!—
¡Ah! ¿Tienes que hacer carbón la estilla para pintar con ella?
Mi juventud gastó sus fuegos en el polvo;
y ahora mi corazón es cual fontana rota,
donde se estanca el llanto, que por siempre corre
del pensamiento estremecido
en las ramas angustiadas de mi mente.
Tal fué; ¿cómo será más tarde?
Siendo la pulpa amarga, ¿cómo será el hollejo?
Vagamente adivino lo que el Tiempo en las nieblas confunde;
pero a veces resuenan trompetas
allá en las ocultas murallas de la Eternidad:
que mueven las nieblas y aclaran espacios, entonces
vislumbran los ojos algunas almenas que luego se borran;
mas a Aquel que sonó los trompetas
no he visto, ceñido
con sus rojos y oscuros ropajes y de excelso ciprés coronado;
si es del hombre la vida o el alma lo que da la cosecha,
¿deben ser esos campos fecundos así mancillados
con la sucia hediondez de la muerte?

Ha tocado a su término
esta larga porfía;
y la Voz me rodea como un mar estridente:
"¿Es la tierra tan pobre
que se encuentra en pedazos deshecha?
Todo huye de ti, porque tú me has huído!
Cosa fútil y extraña, de piedad sólo digna!
¿Por qué causa los otros han de hacer que tu amor se desvíe?
Sólo Yo formo todo de nada" (me dijo)—
"El amor de los hombres debe ser merecido:
¿en qué forma mereces
el más sórdido coágulo de ese barro cuajado del hombre?
¡Ay de mí! Que no sabes
cuán poco de amor tú eres digno!
¿Quién puede querer tu bajeza,
sino Yo, sino Yo solamente?
Por tu mal no arranqué todo aquello
de que te he despojado,
sólo fué para verte buscarlo en Mis brazos.
Todo aquello que crees, en tu error infantil, ya perdido,
para ti lo conservo en Mi casa:
pónte en pie, coge al punto Mi mano, y vente conmigo".

Se detiene a mi lado la marcha:
¿no es mi noche tan sólo la sombra
de Su mano amorosa extendida?
"Ah, qué tierno, qué débil, qué ciego,
soy aquel que Tú buscas!
Tu me llevas y sacas amor de mí mismo".

Francis Thompson

San José, Octubre 23 de 1931.

Cuentos galantes

Los seres invisibles

—Envío del autor—

I.—Marcos Andrés Firley de Poilern vive en el castillo de San Andrés. Lo ha heredado de su tía la Condesa Luisa de Poilern, muerta recientemente en un accidente de automóvil.

Marcos Andrés tiene treinta años. Es moreno, pertenece a una antigua familia del Mediterráneo, alto, elegante y de una voz exquisitamente suave. Su amigo Pierre de Saint Onofre lo llevó en su yate particular, *El Cuerno de Oro*, a las más extrañas regiones del mundo. En los ojos de Firley de Poilern hay múltiples y maravillosas impresiones de ese vasto mundo lleno de formas y de luz. A los treinta años se puede tener una filosofía de la vida. Él la tiene. El amor sufre de esa filosofía.

II.—Ahora Marcos Andrés Firley de Poilern está en su cámara adornada con un excelente gusto modernista. Las alfombras, los cortinajes, los cuadros, las columnas y las estatuas y los muebles junto con la luz que penetra discretamente por las vidrieras de color amatista, forman un poema de arte libre y humano. Reclinado en uno de los divanes, con un libro abierto a su alcance, una atormentadora novela de Proust, posiblemente, deja irse la vista como un perfume en el ambiente iluminado. Su pensamiento parece interesarse lentamente en algo. Él comenzó a advertir que hablaba silenciosamente y a pesar suyo, y que su interlocutor debía de ser una mujer joven, una mujer joven y bella.

—Andrés, tú hablas de la vida como si hubieras agotado todos sus goces.

—En verdad, ¿qué tengo ya que saber de ella?

—Querido amigo, ¿tú no sabías que se puede poner una gota de veneno en una piedra preciosa?

—¿Cómo no lo he saber? Una bella muchacha japonesa se dejó morir en mis brazos desnuda y sonriendo para darme una prueba de fidelidad.

Marcos Andres, conmovido por este recuerdo, despertó de su éxtasis y se asombró del misterioso juego de su propia imaginación.

III.—Marcos Andrés Firley de de Poilern está en el jardín. Han florecido muchas rosas. Hay una fiesta suntuosa de formas y de colores. La mañana está desnuda con un ligero velo de un tenue color de oro y transparente sobre sus hombros. La dulce fragancia de las rosas embriaga al joven. Mil recuerdos de Italia se atropellan en su pensamiento. Las rosas de Florencia. La luz del sol es muy suave; parece tamizarse a través de abanicos de seda o de alas de pájaros.

—Señor, le dice una voz grave, de hombre, pero de una agradable sonaridad conmovedora. Señor, las rosas son para las mujeres hermosas. Y él, sin darse cuento de ello, responde:

—Y bien, ¿por qué no las cortas a montones?

—Ciertamente; pero también tiene el alma del hombre un derecho a gozar de todas las cosas.

—No—dice de Poilern—corta, corta las rosas y las dejas caer a sus pies.

Pero el eco de estas palabras lo sacó de su abstracción lrica.

Y por primera vez se preguntó si no estaría siendo objeto de fantásticas alucinaciones.

IV.—El joven Marco Andrés Firley de Poilern está en la sala de armas del castillo. De los altos muros de piedra cuelgan armas de toda clase y de todos los tiempos. Le atrae especialmente un puñalito muy fino cuya empuñadura luce una fila de brillantes.

—Marcos Andrés, no te fascines delante de las cosas. Cada una de ellas tiene su alma—le dice una voz acompasada, llena de ternura, en la cual hay como un fondo de experiencia largamente vivida.

—Pero el alma de los hombres es más fuerte que el alma de las cosas—contesta, el caballero insensiblemente.

—Oh!—exclama la voz acompasada, llena de ternura.

Y por la mente de Marcos Andrés pasa un cuadro de la vida que es un enorme contraste de luz y de sombras. Es una noche en la selva americana. Habían encendido una débil hoguera. Estaban en las ruinas de un antiguo templo indígena. Una serpiente se había dormido cerca de Saint Onofre, su amigo. Cuando se removió Saint Onofre golpeó a la serpiente en la cabeza, por descuido. Firley de Poilern presenciaba la escena. La serpiente iba a herir. Como un rayo cayó Marcos Andrés sobre ella y la cortó de un tajo con su cuchillo de caza. La cabecilla de la serpiente conservó unos instantes la vida y se quedó viendo fijamente a su matador con dos chispitas que eran sus pequeños ojos encendidos. Y la cabecilla de la serpiente parecía un dije primitivo.

—Interesante,—le dijo la voz moderada y llena de ternura, como si Firley de Poilern hubiera estado diciendo algo.

Entonces tuvo la impresión más viva de que una persona estaba cerca de él.

El Dr. Hiram Hegger contestando a una consulta de Firley de Poilern le dió a entender que su mal era el resultado de fatiga nerviosa o.....

—¿No cree Ud. que sea víctima de un envenenamiento? Algo pasa de eso en Oriente y en las selvas americanas. Son los mismos pueblos y tienen los mismos secretos primitivos.

—Mr. Egger, ¿quiere Ud. decir la locura?—preguntó con cierta inquietud Marcos Andrés.

—Oh! No... esos envenenamientos indígenas tienen limitados sus efectos.

Pero Marcos Andrés Firley de Poilern prefirió abandonar el castillo de San Andrés. Continuó viajando con su amigo de Saint Onofre. Desde el puente del yate *El Cuerno de Oro* ve cómo juegan las ondas del mar a la luz del sol. Parecen sirenas de plata.

V.—Oh, aquello era imposible vivirlo, dice a su amigo en una voz suave y lenta. A cada instarte me sentía en comunicación con seres invisibles. Comenzó a despertarse en mí un inmenso deseo íntimo porque una de las mujeres que me hablaba a menudo adquiriera una forma por lo menos, una forma luminosa...

Las sirenas de plata seguían jugando en los brazos del sol.

Rómulo Tovar

Costa Rica. 1931.

El alma de las palabras

—*Envío del autor*—

La expresión: "el hombre es un niño grande", entraña la gran verdad. Claparede y todos los demás padagogos modernos vienen diciendo hace rato, sin que en la mayoría de las escuelas se les haga caso, que el oficio del niño es el juego. ¿Y, cuál es el oficio del hombre? Soñar, hacerse ilusiones. A los poetas, a los pobres poetas a quienes se les calumnia tanto, se les dice que viven de ilusiones; pero, ¿quién no vive de ilusiones? La ilusión del oro, la ilusión del amor, la ilusión de la gloria, del poder, de la dicha, la eterna ilusión. Pues en este término también es mucha la sabiduría popular: *ludere*, supino ***Lusum***, con la raíz *lud, lus*, significó *jugar*, de donde la ilusión no es otra cosa que el juego del espíritu. ¡Qué bella cosa es la ilusión! Pero hay más todavía; algo más bello: la raíz griega que dio origen al latín *ludere*, significa *desatar*. ¿Habrá algo más cierto que esa libertad del niño que juega o del hombre que sueña?

———

La mujer era, en latín, *feminam*. Y *feminam* es derivado del inusitado verbo: *feo* que significó *nutrir* (yo nutro). El sentido etimológico de *feminam*, de donde femenino, femenil y, aunque parezca que no, *feminismo*, es el de *nodriza*. Así mismo el sentido de *filius, hijo*, es el de criatura, el de "el que se nutre". La raíz nos da la idea de la mujer como *nodriza*, pero dentro de la civilización actual, no hay que perder de vista que también hay una *nutrición* espiritual, y que el *hijo* sigue siendo el que se nutre, y la mujer la *nodriza*.

Crisóstomus

San José, C. R. 1931.

Persiflage

Directorio de la poesía italiana anterior a Dante

— Colaboración directa —

Para *Alfonsina Storni*, con la esperanza de que haga en castellano con la poesía de Italia de los siglos XII y XIII lo que en inglés hizo Dante Gabriel Rosetti; su rica lira fina es capaz de ello.

Como todo el mundo sabe, Plotino no llegó nunca a Port-Royal. Se quedó en Italia. Lo halagó la esposa del Emperador, y el Emperador mismo le brindó franca amistad. Soñó Plotino con fundar en el sur de Italia una ciudad donde realizar el sueño de Platón, una *civitas philosophica* modelo. Pero la suerte lo quiso de otro modo, y la historia de eso todo el mundo la sabe.

En cuanto tuve noticia de que Gissing, acompañado de su fiel y desdentada Maruxa Castro había seguido solo para Francia, me apresuré a juntarme con Plotino, en la creencia de que el místico neoplatónico no abandonaría el viaje encantador que habíamos proyectado. Dejar Alejandría me fue fácil. Más aún: sentí una formidable necesidad espiritual de salir de allí. El trato con las bailarinas me obligó a ello. Las mujeres que se meten a artistas debieran dedicarse sólo al arte. La bailarina que dejó que yo creyese que ella era la que me gustaba, se metió a filósofa, y lo hizo tan mal que me aburrió de toda mujer con pretensiones intelectuales. Después, la otra, compañera de la primera, que quiso hacerle creer a su amiga que su mayor encanto propio había obrado para quitarme y a mí, me fastidió con su exceso de lujuria. Y la tercera . . . y la cuarta . . . y la quién sabe qué número! Busqué al clavel moreno, busqué a la esclavilla griega: las hallé juntas, perfectamente amigas. Al principio me pareció paradisíaco aquello. Los tres haríamos *ménage* en compañía, y seríamos felices como si ningún edén de los imaginados por los hombres jamás se hubiera echado a perder. Pero las hallé no sólo juntas sino iguales, y entre ellas dos resumían a todas las bailarinas. El clavel moreno se había metido a profetisa—influencia de sus lecturas hebreas—y a querer ser santa del ridículo cristianismo de la época. Cuando le recordé la promesa que me había hecho, cuando éramos menos instruídos y más felices, de darme un hijo, me dijo que cumpliría pero que le jurase que lo bautizaríamos y le pondríamos el nombre de Juan . . . Me llegaron cartas italianas y me libré de las mujeres tontas.

Atravesar el Mediterráneo me hizo mucho bien. Es bueno que por los poros se nos meta sal marina aventada por la fuerte brisa que levanta grandes ondas; es bueno que los pulmones se llenen de yodo. Un viaje por mar pone los ojos brillantes. Con brillo de viaje en la mirada llegué al sur de Italia, por el lado de Sicilia. No pude dar con Plotino. Se me había escapado, no sé si adrede o por casualidad o si necesariamente, en una carrera de siglos. Yo me hallé hacia el 1775 de la era de Nuestro Señor Jesucristo. Cantaban dos clases de canciones, la una imitada de los provenzales, muy refinadita y muy llena de lugares comunes; la otra surgida de la gente baja; canción grosera, si se quiere, pero fuerte con fuerza de vida; libre de convencionalismos, de expresión vigorosa. Ciullo d'Alcano fue mi amigo. En fondas ruines bebimos vino sabroso a volcán. Yo le oí cantar el *Contrasto* que le ha dado fama. ¡Qué sincero era el bueno de Ciullo! ¡Qué reconfortante su gran sensualidad después de oir a los imitadores insensibles de los trovadores provenzales!

Después conocí a Enzio, rey de Sardinia, a Pier delle Vigne, a Inghilfredi, a Guido y a Odo delle Colonne, a Jacopo d'Aquino, a Rughieri Pugliese, a Giacomo da Lentino, a Arrigo Testa y otros En fin, a toda le bendita Escuela sículo-provenzal. Y me aburrí de lo lindo. A veces figuraba en ese grupo el Emperador Federico II, filósofo, estadista, legislador muy original, pero que, al ponerse a hacer versos, no producía más que puerilidades.

Fue formándose el idioma que ante llamaría *"volgare, illustre, aulico, cortigiano."* Oí a Francisco d'Assisi (1) entonar con voz muy dulce una prosa asonatada, muy bella y muy tierna y muy solemne también, que llamaba el Himno al Sol. Pero la poesía franciscana la probé en toda su frescura—frescura de vino, embriagadora—en Jacopone. Era en Umbría. Era en Todi. Allí Jacopo dei Benedetti vivía enamorado de su esposa. Y su esposa se le murió. Y se enamoró entonces de Dios. Y enloqueció de amor. Y andaba loco de atar por esas calles con una chiquillería malcriada pisándole los talones y gritándole "¡Jacopone! ¡Jacopone!" Y Jacopone no se ocupaba de nada sino de ir cantando con voz de loco sus canciones. ¡Ese era poeta!

Un día le pareció que el Papa iba descarriado, y se lo dijo al Papa gritándoselo desde los caminos. Su Santidad Celestino V se sintió herido en la vanidad, y lo mandó a encarcelar. Otro tanto hizo aquel otro Santo Padre que asumió con la tiara el nombre de Bonifacio VIII, y le puso cadenas al inspirado Jacopone . . .

Por fin, en la Toscania, la nueva lengua, por boca de Dante de Majano comenzó a cantar, en imitación primero de la lírica amorosa de Sicilia. Pero en la Toscania los hombres se habían desembarazado de reyezuelos y ensayaban una linda democracia, al amparo de la cual la poesía creció, ciertamente, pero adquirió nuevo carácter. De los claustros pudo salir la canción religiosa, la lírica mística; de los castillos, la canción en elogio de la dama. la poesía de la democracia fue característicamente humorística. A los poetas les gustó ridiculizar a los demás, y el sarcasmo. Folgore da San Geminiano se goza mofándose de los nobles de Siena. Chene della Chitarra parodia a Folgore. Rustico di Filippo no es mejor que esos otros dos. Pero, en Siena también, aparece Cecco Angioleri, y la civilización occidental cuenta con un nuevo elemento. Cecco es el lejano precursor de Rabelais y de Montaigne, de Cervantes y de Quevedo, de Jean Paul Richter, de Sydney Smith. Es el humorista más antiguo de que tenemos noticia; porque pensar en los cómicos griegos y latinos es otra cosa . . .

Otro fenómeno se opera, digno de mención. Motivos nacionales substituyen a los caballerescos, y formas latinas a las provenzales. Guittone d'Arezzo da origen a la Escuela de Bolonia. Estamos en pleno siglo XIII. Bolonia, centro de la ciencia de ese tiempo, es cuna también de la poesía filosófica. Escolástica, diríamos más bien. Allí Guido Guinecelli razona en lindo verso respecto del amor con toda la sutileza de un teólogo. La poesía casi se vuelve geometría.

(1) 1182-1226.

Y luego nace la alegoría. Brunetto Latini, tan estrechamente ligado con Dante Alighieri, que ha de venir, canta, en pareados de siete sílabas, cómo se perdió en un selva oscura y cómo allí una bella dama —la Naturaleza—le instruye. Ya está en él la visión, la alegoría, el objeto moral, que tan gran lugar ocupan, junto con el viaje, el tratado, y el elogio de la dama, en la formación del género de Dante, que es género que resume los de su siglo. Y de estos poetas alegóricos es también Francesco da Barberino, (2) abogado sapiente, secretario de obispos, juez, notario. Suyos son los poemas cortos *Documenti d'amore* y *Del reggimiento e dei costumi delle donne*. De este Francesco son estos versos lindos, que el traductor (3) ha hecho canción: Oigamos sin hacer ruido que es niña apenitas llegada a mujer la que canta:

No he de contar entera mi hermosura
pero os prometo que por cuanto diga
comprenderéis de mi figura
lo que conviene que el amor persiga.

Mi pecho, que es muy suave, colorido
de una color pareja que ninguna
mácula tiene, es nido
que envidiaran las alas de la luna.

Y guardo allí dos manzanas gemelas
que Dios cortó del Arbol de la Vida,—
más dulces que ciruelas,—
y en mí las injertó sin darme herida:

Y excepto Dios,—sin yo sentirlo,—mano
ninguna nunca las tocó hasta ahora,—
de lo que yo me ufano,—
ni me las vio jamás ni la señora

de quien nací, ni la nodriza mía,
que cuando ya las hube era mozuela
y sola me vestía
y nunca tuve amigas en la escuela.

Dios me las dio en secreto, y en secreto
las guardo yo, y antes de darlas, sepan
que sabré si es discreto
a quien haya de dárselas: Si trepan

cabras suyas pecaminosas rocas
o pacen sus ovejas casto valle,
que ni a ciegas ni a locas
pienso jamás desabrocharme el talle.

De las virtudes que esa fruta tiene
nada diré sino que bendecido
será—¡yo sé que viene!—
aquel a quien le diga: "Por ti he sido

celosa de lo tuyo que mío era."
Y aunque con dedos tímidos poquito
me las toque, cualquiera
diera por ese goce lo infinito . . .

Persiles Heredia. Noviembre de 1931.

(2) 1264-1348.
(3) Salomón de la Selva.

Comentario estético perpetuo

—*Envío de la autora*—

1.—La obra profunda de Omar Dengo, el más alto exponente de la pedagogía costarricense, merece un comentario estético perpetuo. Eso es lo que en estas páginas se propone una discípula suya que nunca olvidará aquellas enseñanzas que eran vida profundamente sentida, que eran amor intensamente comprendido.

2.—***Líneas***.—La tendencia, talvez inconciente, que hacia la caridad experimenta un desheredado de la fortuna, tiene las apariencias de una enfermedad ante los ojos de quienes todo desean explicárselo. El educador, sabio cual ninguno, no acepta, no puede aceptar esa fácil interpretación del espíritu que desea siempre ardientemente hacer el bien. Y en la sublime abnegación de su apostolado heroico suspira deseando, si fuese cierto que tanta generosidad no es sino degeneración, que todos los seres humanos adquieran para siempre esa dolencia sublime.

No es enfermedad, afirma entre líneas el pedagogo convencido de la noble misión que le ha tocado en suerte, como no es locura el heroísmo. Enfermo no estaba Jesús cuando vertía su sangre divina por la salvación de los humanos; enfermo no estaba, no podía estarlo, el pobrecito de Asís cuando entregó sus haberes todos y se convirtió en el más necesitado de los hombres para llevar a los miserables el valioso consuelo de una dádiva espiritual; enfermo no está el maestro cuando entregando lo mejor de su vida intelectual abandona los cuidados que exige su existencia física para conseguir que en todos los espíritus brille la luz potente de una cultura conciente y generosa.

Héroico esfuerzo que no logran realizar sino quienes están dotados de una salud espiritual admirable: ejemplo, el mismo generoso Omar Dengo, el educador insigne que, aún después de muerto, sigue derramando luz sobre quienes fuimos, somos y seremos siempre sus discípulos agradecidos.

Oriana

Las manos, Oriana!

INDICE



El correo de esta semana ha traído:

La glosa de las víboras glosadoras

—Envío del autor—

¡Quién fuera caballo! El caballo corre, y la carrera es el comienzo del vuelo.

¡Quién fuera cabra para trepar y para brincar! En la carrera está el vuelo recién nacido; mientras que trepando y brincando, ¡qué alegría! el vuelo tiene quince años.

¡Quién fuera ciervo para huír! Dichosos los ciervos porque huyen, de fugas en fugas. ¡Quédate!, jabalí, con tu mordisco! ¡De nada te sirvió tu veneno, víbora! ¡Por aquí pasó! El ciervo realiza huyendo la obra divina del vuelo.

¡Quién fuera ardilla para casi volar! Qué locura y qué sabiduría. Ni tan cerca ni tan lejos, en un buen término medio.

¡Y quién fuera pájaro para volar! ¡Y quién fuera aeroplano mío en mis manos, conmigo de piloto, para volar más! Todavía más, todavía más!

No volar para volar, sino volar para huír y estar lejos, más allá de las montañas azules, en la lejanía lejanísima, en una isla sin nombre. Adelantado de las lejanías, mar adentro, en los océanos del aire.

Lejos de esos hombres (me refiero a las víboras glosadoras) malos, maleados, maleantes, malvados, maliciosos y malignos. ¿El hombre, *homo sapiens?* De ninguna manera, *homo pessimus.* Pésimos todos ellos, menos Uno.

Hermano mío aviador que subes de la tierra, ahora que me estás enseñando tus cicatrices, ahora que te estoy viendo medio vivo y medio muerto, en verdad te digo: Es más feroz el hombre en cada una de sus miradas, que cien mil millones de jabalíes; y es más venenoso el hombre en cada una de sus palabras, que cien mil millones de serpientes. Y acuérdate de aquella horrible de los tres nombres—crótalus atrox, crótalus horridus, crótalus terrificus.

A. H. Pallais, Pbro.

En Brujas de Flandes a los veintitrés días del mes de Octubre del año mil y novecientos y treinta y uno de la encarnación de N. Señor.

Oración del hombre de letras

—Envío del autor—

¡Vengo a Ti, Señor, inquieto y lleno de miseria mental. Acaso he vivido alejado de Ti, pero, créeme, mi alma Te ha deseado, oh Dios mío!

Triste y desolado es el vivir, a no ser por las pristinas horas que medito en Ti y en Tu hogar.

Perdóname mi abandono, envíame Tu luz a fin de que se disipen las tinieblas y se prepare mi alma a parlar contigo.

Bendice Tú a los más cercanos a mi corazón. Permíteles buscarte como yo te he buscado a través de la belleza de la naturaleza y la genialidad de algunos hombres, pasando por el saber, las angustias del amor y los trances del sacrificio.

Ven Tú cerca nuestro.

¡Aumenta, oh Dios!, en nuestro psique: el denuedo, la nobleza de ánimo y el afecto leal.

En derredor nuestro, esparce los abundosos deleites de lo bello, de la independencia del espíritu, ajeno a la pequeñez y a la mezquindad, y de la franqueza.

Depura nuestro entendimiento a fin de que podamos admirar cada vez más las gracias y las excelencias de este planeta bendito.

Renueva cada mañana, con la gloria del sol: la alegría, el buen talante y las satisfacciones serenas.

Mantennos consecuentes a los amigos y, a nosotros, fervorosos en el culto de la amistad.

Danos Tú el valor necesario para defender con gallardía nuestras más íntimas convicciones, el terruño que nos alberga o el amigo en la hora de la adversidad.

Aléjanos del ocio innoble, las habladurías, la sátira mezquina o la envidia ponzoñosa.

Detén en nosotros el avance del orgullo, la crueldad, la arrogancia y la mísera ingratitud.

Impera sobre el parlar nuestro; domina nuestros transportes de ira y pon sobre nuestros múltiples yerros el santificante velo de Tu gracia.—Amen.

Alberto Nin Frías

Villa Ballester, (F. C. C. F.) Agosto 1931.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes,
Ciencias y Educación.
Misceláneas y Documentos.

Publicado por
J García Monge

Apartado Letra X
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	₡ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El año, para el exterior: 2 tomos de 24 entregas cada uno (oro am.)	$ 6.00

Avisos:

La pulgada cuadrada: 20 cts. oro la inserción.

En el contrato semestral de Avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica